



V Congreso Venezolano
de Ciencia, Tecnología e Innovación
Sembremos conocimientos para la vida

Contribuciones en pedagogías de(s) coloniales para la transformación cultural en Venezuela

Ideas para la acción pública



**Contribuciones
en pedagogías de(s)coloniales
para la transformación cultural
en Venezuela**

*Ideas para la acción pública planteadas
en el V Congreso Venezolano de Ciencia,
Tecnología e Innovación*

Elvis González
Alexis Lozada
(editores)

Contribuciones en pedagogías de(s)coloniales para la transformación cultural en Venezuela

Ideas para la acción pública planteadas en el V Congreso Venezolano
de Ciencia, Tecnología e Innovación

COLECCIÓN PENSAR COMO PAÍS

Elvis González

Alexis Lozada

Editores

Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología (Mincyt)

Descargue gratuitamente nuestras publicaciones en www.mincyt.gob.ve/libros

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Gabriela Jiménez-Ramírez

Ministra del Poder Popular para Ciencia y Tecnología

Francisco Durán

Viceministro para Investigación y Aplicación de Conocimientos

Nerliny Carucí

Directora de Producción Editorial de Ciencia y Tecnología

Equipo de apoyo editorial: José Tomedes, Marlene Otero
y Francisco F. Herrera

Cuidado de textos: Nerliny Carucí

Diagramación: Saira Arias

Diseño de portada: Róbert Porras

Cite este documento técnico de la siguiente manera:

Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología (2022). *Contribuciones en pedagogías de(s) coloniales para la transformación cultural en Venezuela. Ideas para la acción pública planteadas en el V Congreso Venezolano de Ciencia, Tecnología e Innovación* (Colección Pensar como País). González, E. y Lozada, A. (eds.).

ISBN: 978-980-7755-20-7

Depósito legal: DC2022000803

Caracas, mayo 2022

Esta publicación es posible
gracias al apoyo del Fondo Nacional
de Ciencia, Tecnología e Innovación



Contenido

Prefacio	13
Introducción	17
Estado del conocimiento y escenarios actuales	23
La educación, la cultura y el trabajo de la mano de las ciencias sociales	23
Ciencia y tecnología como hecho cultural	35
Filosofía del conocimiento y horizontes de sentido	45
De la reflexión crítica a la acción comunitaria orientada a nuevas pedagogías y culturas	45
Retos para la transformación cultural	61
Políticas	67
Políticas en educación para el trabajo gratificante	67
Políticas para la investigación transformadora	69
Políticas para la cultura	71
Acciones	73
Comentario final	81
Referencias	83
Observación entrañable	85

Prefacio

Pensar como país es uno de los retos más grandes que tenemos hoy en Venezuela. En un siglo marcado por un cambio de época profundo, pensar nuestra manera de entender el mundo y nuestras formas de generar conocimientos y tecnologías nos compromete a hacer una reflexión colectiva desde la (auto)conciencia. Esto implica pensar desde la gravedad de la urgencia, pensar colectivamente, pensar desde nuestras capacidades, pensar desde la esperanza y el amor que nos sostienen.

Los momentos que hoy vive Venezuela, y el planeta, no son los mismos que hace 20 años, mucho menos hace 60 años cuando se fundó la institucionalidad científico-tecnológica en nuestro continente; por lo tanto, es inaplazable pensar la ciencia y la diversidad de saberes, como hechos presentes en todos los ámbitos de la vida comunitaria. De esa necesidad nació el V Congreso Venezolano de Ciencia, Tecnología e Innovación, como un debate, a fondo, para repensar cuál conocimiento necesitamos, para cuál vida. Ello significó reflexionar también cuál ciencia y cuál tecnología, para cuáles modelos agrícolas, cuáles modelos de salud, cuáles modelos de alimentación, cuáles ciudades, cuál desarrollo, cuál producción.

Hubo tres escenarios cruciales para el análisis y la prospectiva. El primero incluyó los impactos de la agresión imperialista. El segundo, las implicaciones de la cultura del rentismo. El tercero, los determinantes de las crisis planetarias (de raíces ambientales y económicas) y la necesidad de la descolonización del pensamiento, del saber, del poder y del ser. Si bien el primer escenario demanda acciones urgentes; el segundo, ejercicios estructurales; y el tercero, alternativas de alta densidad filosófico-política, que se entienden en escalas de tiempo y complejidad ascendentes; las acciones urgentes deben ser capaces de sobrellevar la crueldad de estas agresiones, pero, a la vez, ser funcionales a la superación estructural del rentismo. Las políticas para el desmontaje del rentismo deben, igualmente, sentar las bases de un sistema económico fundado en las necesidades

reales del pueblo, y no en un aparato productivista orientado por el capital, como si el crecimiento económico fuera un objetivo en sí mismo. Todas estas acciones tienen que incidir en la creación de condiciones para las demás.

En el V Congreso Venezolano de Ciencia, Tecnología e Innovación, nos ocupamos no solo de analizar, interpretar y prever los desafíos del conocimiento y su razón comunitaria, sino, además, de crear la posibilidad y la realidad de futuros alternativos para construir un modelo de ciencia, tecnología e innovación que responda a una racionalidad para la vida. Aquí, me gustaría expresar nuestra gratitud a todo el pueblo investigador/innovador que participó en este ensayo y entregó sus contribuciones para las dimensiones ontológicas, epistemológicas y metodológicas; así como también a otros sectores que sintieron que sus miradas podían aportar a otras perspectivas de una realidad muy diversa y compleja. Ese enriquecimiento es sustantivo para construir nuevos caminos.

Este congreso fue un espacio colectivo, cuyo objetivo fue repensar el saber y dar forma a un modelo de conocimientos plausibles o deseables con nuestro proyecto país. Lanzada a finales de 2021, esta iniciativa involucró a más de 5800 personas que alimentaron los debates sobre el papel de la ciencia, la tecnología y la innovación en la construcción de bienestar común. El congreso duró dos meses y contó con la participación protagónica y el debate abierto de quienes hacen vida activa en este sector y muchos otros ámbitos del país, por cuanto la ciencia y la tecnología inciden e intervienen, de manera directa, en todos los espacios de la vida. El V Congreso Venezolano de CTI se desplegó a través de cuatro grandes interrogantes: ¿cuáles han sido los determinantes históricos que nos han traído hasta aquí? ¿Cuál es el conocimiento que queremos? ¿Qué políticas necesitamos para construir procesos de investigación/innovación integrados, que respondan mejor a la complejidad de la vida y nos ayuden a enfrentar escenarios inciertos? ¿Qué acciones debe asumir el Estado venezolano para construir bienestar común y consolidar la independencia cultural?

El debate inició con la racionalización, en perspectiva histórica, de los caminos recorridos, las dinámicas de la academia

y las construcciones de conocimientos y tecnologías, su ética, sus factores de influencia. Desde allí, exploramos, con pensamiento crítico, el momento presente, sus logros, sus retos y sus amenazas. A partir de esta repisa, avizoramos las políticas públicas y las acciones que demandan los tiempos inmediatos y futuros. Esto es, particularmente, importante en relación con las nociones de conocimiento que se han vuelto dominantes, pero que no reflejan la pluralidad de las tradiciones de saber existentes, y no necesariamente resultan las mejores veredas para avanzar en esta encrucijada histórica. La ruta de debate del congreso abarcó: (1) conversatorios temáticos; (2) paneles de reflexión; (3) ensayos con propuestas y una base crítica para estimular el análisis en torno a los desafíos de la actividad científica en la docencia, la investigación y la puesta en práctica en el espacio político y comunitario.

Educación y cultura fue el área que generó mayor participación y una suerte de discusión de base que vislumbra que, más allá de la coyuntura, el pueblo venezolano reconoce un cambio profundo de condiciones globales y está consciente de que la transformación del modelo de vida pasa por la educación y la cultura; por tanto, hay un énfasis en ellas como palancas transformadoras y una aspiración a convertirlas en comunalidad, con conocimientos liberadores. En este punto, hay una crítica sensible a la visión parcial de la ciencia moderna/colonial que impide tener una responsabilidad ética para transformar un sistema que muestra signos inequívocos de su inviabilidad. ¡Hay conciencia de que es inexorable una transformación cultural!

El congreso generó una gran cantidad de insumos para el debate y la praxis. Las sistematizaciones que presentamos hoy no son un cierre, tampoco constituyen afirmaciones definitivas, ni expresan un consenso colectivo sobre los desafíos de la ciencia; son el primer paso para refundar las premisas de un nuevo conocimiento, comprometido con la dignidad humana, con la naturaleza, con el bien común y con la segunda independencia del pueblo que somos. Una reflexión sincera para continuar un debate edificante.

La colección Pensar como País abraza un amplio cúmulo de meditaciones y propuestas que nos ofrece una mirada diversa

desde lo sectorial, lo territorial, lo disciplinario, lo comunitario; así como una convocatoria al pueblo todo a convertirse en un actor fundamental del Sistema Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación, para construir felicidad y seguir en pie. De las contribuciones recibidas, se desprenden algunos enunciados significativos, que nos permiten delinear un horizonte de sentido para la materialización de una nación comprometida con la justicia social, fundada necesariamente en la justicia ambiental. Un horizonte de sentido que parte de las necesidades colectivas y de nuestra realidad cultural, nuestras costumbres, nuestra geografía, nuestra identidad —y que solo se comprende y expresa desde lo comunal, porque nuestro sur es comunal—. Desde estos aportes, y de los que surjan en el futuro, asumimos el compromiso de trazar una nueva ruta en la investigación e innovación en el país, que responda a las demandas del inminente cambio de época; una nueva realidad que exige refundar una institucionalidad capaz de comprender y atender las crisis globales actuales, mediante una vinculación orgánica con el sector educativo y el sector creativo-comunitario.

Gabriela Jiménez-Ramírez

Magíster en Biología

Ministra para Ciencia y Tecnología de Venezuela

Introducción

Del 29 de noviembre al 3 de diciembre de 2021, se realizó, en la ciudad de Caracas, un conjunto de foros con el objetivo de repensar el país desde la perspectiva del conocimiento necesario, en el marco del V Congreso Venezolano de Ciencia, Tecnología e Innovación, organizado por el Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología. Esta densa actividad, impulsada por la ministra Gabriela Jiménez-Ramírez, junto a un destacado y comprometido equipo de trabajo, se efectuó fuera de los estándares tradicionales y de la rigidez que impera en este tipo de encuentros, los cuales, muchas veces, impiden o restringen un debate abierto, sincero y revolucionario, que demandamos para poder avanzar en la construcción de nuevos horizontes de sentido que nos trasladen hacia una sociedad más justa.

El evento fue concebido como una tribuna para reflexionar acerca de la raíz de nuestros problemas y establecer horizontes de sentido para el quehacer nacional, partiendo de una condición particular: vernos inmersos en un cambio epocal, que amerita pensar la realidad en el contexto de un conjunto de crisis de escala planetaria. En consecuencia, se pensó la ciencia como mediación cultural para la tarea, en tanto la generación de conocimientos y tecnologías es inmanente a la condición humana.

La convocatoria al congreso planteó, como objetivo central, construir una mirada participativa de largo alcance frente a tres desafíos que tenemos como país: 1) vencer el problema coyuntural que nos impone el bloqueo imperial y la guerra económica; 2) superar las ataduras culturales del rentismo petrolero; y 3) trascender la incontrovertible crisis global de doble fundamento: el colapso del capitalismo y la crisis ambiental planetaria. Estos tres desafíos, entendidos como coproductos históricos de la racionalidad moderna, y sus manifestaciones más tangibles provocadas por un agotamiento creciente de las condiciones para la vida en el planeta conformaron el marco conceptual sobre el que se estableció la reflexión y la transformación, desde una aproximación de análisis-acción participativa.

Con el objetivo de fomentar la reflexión crítica y el debate, se establecieron únicamente cuatro áreas temáticas, que fueron complementadas con tres ejes transversales. Estos últimos fueron: sustentabilidad y buen vivir, soberanía y comunalidad, y género. Las áreas temáticas, a su vez, fueron conceptualizadas como categorías integradoras en torno a la realidad de la población, marcando cierto distanciamiento de las escisiones del conocimiento propiciadas por las disciplinas científicas, como áreas en sí mismas.

Cada área temática contó con una descripción sucinta que permitía a los participantes —en los conversatorios, paneles o ensayos— familiarizarse con el concepto propuesto:

1. **Salud-agricultura-alimentación-vida:** esta área temática abarca, de manera integrada, salud, agricultura, alimentación y vida, para enfatizar el continuo que se establece entre nuestros hábitos alimentarios, su relación con las políticas agrícolas, el consumo de agua, las respuestas de nuestros organismos a lo largo de la vida, que se traducen en mejores condiciones de salud o son causantes de enfermedades crónicas o agudas, y cómo su análisis, debate y toma de decisiones debe ocurrir de forma combinada, para revertir las tendencias dominantes del último siglo, donde la política pública planteaba una escisión artificial de un proceso naturalmente integrado.
2. **Educación-cultura-trabajo-naturaleza-vida:** la conexión entre educación, cultura, trabajo, naturaleza y vida es una invitación a reflexionar sobre la formación que reproducimos, su ideología para el trabajo especializado y enfocado en la objetivación de los seres humanos y la naturaleza, desde una concepción del *desarrollo* extraviada de las verdaderas necesidades humanas y de la naturaleza, que hace posible su existencia. Estos procesos educativos, con una fuerte impronta científica, modulan la cultura dominante, nuestra noción de trabajo y, por ende, nuestra relación con el entorno. Revisitar estos elementos de nuestros sistemas, ante los retos de las transformaciones que recién iniciamos a experimentar, es un imperativo vital.

3. ***Ciudad-servicios públicos-ambiente-energía:*** constituye un área temática que posiciona la reflexión en nuestras nociones de territorio y territorialidad, el cómo nos vemos como sujetos que demandamos servicios, acceso al agua y a la energía, comunicación, trabajo, entretenimiento o alimentos en el territorio, urbano o rural, y cómo pre-supuestamos el ambiente en estas demandas. Esta reflexión es doblemente importante para el país, porque, por una parte, intentamos vernos en una ciudad heredada y concebida por intereses distintos a los nuestros, que nos coloca en general en condiciones de vulnerabilidad y sustentabilidad muy delicadas. Por otra parte, Venezuela presenta un elevadísimo porcentaje de población urbana, condición que debe ser críticamente analizada, en el marco de la coyuntura actual y la definición de políticas públicas que aborden estas contradicciones.
4. ***Industria-desarrollo-necesidades-ambiente:*** la coyuntura que atravesamos nos ha planteado revisar, con detenimiento, los aspectos concernientes a la producción (material) y la conquista de espacios de soberanía cada vez más consolidados, y es ahí donde se enmarca esta cuarta área temática. Esta área es quizás el reto a corto plazo con mayor incidencia a largo plazo; es decir: las inversiones hechas hoy no son fáciles de revertir mañana, lo cual condiciona lo posible y lo imposible. Ello demanda una reflexión aún más profunda y comprometida con la vida. Tenemos un lastre que no podemos obviar: en gran medida, todas las formas de producción de bienes materiales que conocemos y aspiramos reproducir son capitalistas y están enmarcadas en modelos de *desarrollo* y crecimiento económico, profundamente insustentables, no por su escala sino por su concepción. La tarea se aproxima, pues, hacia la reflexión en el logro de satisfactores de necesidades reales de la población, de manera sustentable y asumiendo una transición que nos aleje de las inercias de las formas capitalistas.

A modo de guion estructurador del debate y para favorecer el tránsito desde la reflexión hasta la acción, se configuró el evento

mediado por cuatro dimensiones conceptuales. Estas dimensiones, que se describen seguidamente, fueron sugeridas para todas las contribuciones al V Congreso Venezolano de Ciencia, Tecnología e Innovación —esto es, ensayos, conversatorios y paneles de debate—. En el caso específico de los paneles de debate, que se dieron durante la semana del evento, cada dimensión fue tratada en días consecutivos. Las dimensiones fueron establecidas bajo los siguientes cánones:

1. **Estado del conocimiento y escenarios actuales:** reflexión acerca del estado del conocimiento y el camino recorrido, que permita explicar el momento histórico que vivimos con relación a los escenarios venideros.
2. **Filosofía del conocimiento:** análisis crítico del conocimiento generado y de las alternativas o marcos referenciales desde donde queremos pensar la vida.
3. **Políticas:** proposición de un plano más práctico con políticas públicas que favorezcan los procesos de transición o transformación requeridos.
4. **Acciones:** sugerencia de un conjunto de acciones desde la perspectiva de la gestión de conocimientos que pudiese implementarse en el corto y mediano plazo.

En el panel “Educación-cultura-trabajo-naturaleza-vida”, se contó con dos decenas de conocedores y especialistas en los temas abordados en el debate; la mayoría de ellos profesoras, profesores, maestras, maestros y responsables de instituciones educativas enfocadas en varios sectores de la sociedad, junto a rectoras y rectores de varias universidades nacionales públicas, así como ministros/as, donde el lugar común fue el debate con perspectivas crítica y propositiva, dinámica que caracterizó este singular encuentro.

La síntesis sobre esta área temática se fundamenta en los conceptos y las propuestas planteados en los foros de debate acaecidos durante la plenaria del congreso, junto a los aportes tomados del centenar de ensayistas que contribuyeron con sus reflexiones y propuestas, durante las semanas previas al encuentro. La organización del texto se ajusta a las dimensiones —a modo de

hilo conductor— usado en el V Congreso Venezolano de Ciencia, Tecnología e Innovación.

Para finalizar este comentario inicial, hay que destacar que la educación, la cultura, la vida, el trabajo y la naturaleza no pueden ser abordados ni analizados de forma fragmentada o separada, como lo hace la ciencia y su lógica sujeto-objeto, porque todas son partes intrínsecas de la vida. Al diseccionar la concepción de la vida en áreas o temas aparentemente inconexos, podríamos sumar sus partes; pero, de ninguna manera, percibiríamos la totalidad y la eficacia simbólica de lo que significan para la vida humana, como autoconciencia planetaria. En algunos pasajes de este texto, se han ordenado los temas separadamente solo con el fin de facilitar el trabajo de análisis.

Estado del conocimiento y escenarios actuales

La educación, la cultura y el trabajo de la mano de las ciencias sociales

“Lo que somos es producto del sistema, en lo imperante en lo político, lo económico; el sistema está condicionando lo que somos”; “Cuando uno empieza a observar las muestras de colonialidad, o el proyecto modernizador desde 1492, uno comienza a descubrir los mecanismos de dominación que el sistema ha venido perpetuando y afinando con el tiempo”; “La misma noción de historia posee una visión occidental: antes de 1492, aquí no había historia, según ese enfoque”. Estas son algunas de las frases con las que se abrió el telón del área temática “Educación-cultura-trabajo-naturaleza-vida”, desde un sentimiento profundamente reflexivo y radical.

La discusión de la compleja trama que representan, para la sociedad, las palabras-síntesis *educación*, *cultura* y *trabajo*, como determinantes de la vida humana, estuvo caracterizada por una combinación de reflexiones históricas y análisis de coyuntura. Bajo este espíritu, se encauzaba el complejo análisis de dilucidar los principales determinantes sociohistóricos que nos permitiesen caracterizar el momento presente, en su carácter social y cultural. De manera inusitada, el debate se centró en un ámbito específico: la identidad colectiva.

En el congreso, se estableció la necesidad de reconocer la importancia de la memoria histórica como palanca para propiciar un proceso de autodescubrimiento. Así se planteó la tarea de entretejer sentidos desde las huellas colonizadoras con lo positivo que nos caracteriza como pueblo, en tanto venimos de luchas históricas, desde la resistencia indígena; el establecimiento de cumbes, como conquista de libertad territorializada; las luchas independentistas y, hoy, la ratificación del espíritu emancipatorio y soberano que nos ocupa.

El reconocimiento de generar una historia propia, narrada por nosotros mismos (desde la educación, la cultura, las ciencias

sociales, la familia, por mencionar algunas superestructuras de la sociedad), en conformidad con las perspectivas e intereses del otro —y no con las impuestas por el conquistador, el colonizador, la Iglesia, los científicos—, tuvo una miríada de comentarios que se presentan ordenados y amalgamados en este texto, con el fin de transmitir esta vital reflexión que emergió transversal al debate.

Un aspecto central del debate acerca de la memoria histórica, suscitado en los paneles, lo presenta —de manera sintética— el filósofo Santiago Castro Gómez, en este breve extracto del libro *La hybris del punto cero* (2005), al describir, desde la perspectiva del colonizador, a las comunidades indígenas de América:

... la sociología espontánea de las elites no solo clasificaba y definía el número de las castas, sino que también asignaba un valor al carácter y a la personalidad de los individuos pertenecientes a ellas. Esto era parte importante en el propósito de las elites de generar un “orden” en medio del “caos” social provocado por el mestizaje durante todo el siglo XVIII. El indio fue, por supuesto, el primer grupo sometido a tal clasificación axiológica. Por ser la raza vencida, su diferencia cultural fue interpretada como síntoma de *carencia* frente al *ethos* hispánico del vencedor. El triunfo militar de los conquistadores significó, así, la imposición de un imaginario hispanocéntrico que estableció sus formas culturales de relacionarse con la naturaleza, con la sociedad y con la subjetividad, como *norma normata* a partir de la cual debían ser juzgadas todas las demás expresiones culturales. De este modo, si los indios atribuían al trabajo un valor diferente al de la productividad, los españoles interpretaban esto como síntoma de pereza y holgazanería; si adoraban unos dioses diferentes a los de la Biblia, entonces eran supersticiosos; si tenían una forma diferente de entender la sexualidad, eran tenidos como depravados; si poseían una tecnología diferente para cultivar la tierra, eran tildados de estúpidos o “escasos de luces”. La desviación cultural con respecto al patrón dominante empezó a ser vista como un *defecto natural* propio de la casta. Pertenecer a la casta de los indios

equivalía no solamente a tener unas características somáticas diferenciadoras, sino también, y principalmente, a poseer un carácter y una personalidad esencialmente *inferiores* a las del hombre occidental. (p. 78)

Así el proceso de conquista inició con una *inferiorización* —con relación a *lo europeo*— sistemática, que abarcaba a los individuos, las culturas, la naturaleza, a favor de la configuración de —por definición— lo superior, idóneo y avanzado, corporizado en el hombre europeo, cuya manifestación más palpable era el poder. Esta subjetividad emergente, iniciada por el *ego conquiro* (según Enrique Dussel), con el paso del tiempo, se irá plasmando como nueva verdad y realidad de la autopercepción en los territorios bajo el dominio de españoles y lusitanos.

Con lucidez, Castro Gómez continúa analizando un fenómeno que proseguiría a la Colonia, y que llamamos como *colonialidad*. Con el tiempo,

... la cultura del dominador se convirtió en una “seducción que daba acceso al poder” y que los grupos subalternos intentaron apropiarse del capital cultural de la blancura y utilizarlo como instrumento de movilización social.

Ser “blancos” no tenía que ver tanto con el color de la piel, como con la escenificación personal de un imaginario cultural tejido por creencias religiosas, tipos de vestimenta, certificados de nobleza, modos de comportamiento y, lo que resulta más importante..., por formas de producir y transmitir conocimientos. La ostentación de aquellas insignias culturales de distinción asociadas con el imaginario de blancura era un signo de status social; una forma de adquisición, acumulación y transmisión de capital simbólico. (pp. 90, 64)

La europeización cultural de las élites fue asumida como un medio para acceder al poder colonial; pero, de manera análoga, para distanciarse socialmente de las demás “castas”, identificadas en la sociedad de entonces como inferiores. Este fenómeno se tradujo en la conformación de ciertas instituciones sociales como las artes, la ciencia, la educación, las leyes, las armas y la Iglesia, propias

de la invención de la blancura —que, más que un aspecto racial, era un aspecto con profundo carácter aristocrático (cabe señalar que, para la época, la aparición de la burguesía era muy incipiente en el territorio) y con implicaciones sociopolíticas—.

Mientras estas tensiones conformaban nuevos imaginarios de poder en las urbes de los territorios americanos, en Europa occidental se desarrollaban luchas decisivas entre la vida feudal/campesina en resistencia y la pujante burguesía/urbana/industrial emergente. La pugna se decantó en detrimento de la vida campesina, y lo rural fue cediendo espacios, fundamentalmente culturales. Lander (2000) señala:

Las ciencias sociales tienen como piso la derrota de esa resistencia; tienen como sustrato las nuevas condiciones que se crean cuando el modelo liberal de organización de la propiedad, del trabajo y del tiempo dejan de aparecer como una modalidad civilizatoria en pugna con otra(s), que conservan su vigor, y adquieren hegemonía como la única forma de vida posible. A partir de este momento, las luchas sociales ya no tienen como eje al modelo civilizatorio liberal y la resistencia a su imposición, sino que pasan a definirse al interior de la sociedad liberal. Estas son las condiciones históricas de la naturalización de la sociedad liberal de mercado. La “superioridad evidente” de ese modelo de organización social —y de sus países, cultura, historia y raza— queda demostrada tanto por la conquista y sometimiento de los demás pueblos del mundo, como por la “superación” histórica de las formas anteriores de organización social, una vez que se ha logrado imponer en Europa la plena hegemonía de la organización liberal de la vida. (p. 22)

Cuando, al calor del debate, se planteó: “Con las ciencias sociales, construimos el imaginario colectivo; necesitamos revertir las categorías que permitan resignificar, renombrar y potenciar toda la dinámica social que estamos viviendo. ¡Estamos todavía dormidos!?”; se pone el dedo en una llaga muy dolorosa: la educación como un coproducto cultural de las ciencias sociales. De hecho,

un panelista declaró que “la educación es la más dominada por el colonialismo y, a partir de esa educación, se crean imaginarios”; una frase muy exacta para dar cuenta de la importancia y la potencia que tiene el sistema educativo en la conformación cultural de un pueblo. Este aspecto hace aún más relevante la comprensión del escenario donde emergen las ciencias sociales.

Volviendo a esa Europa en pugna cultural de los siglos XVII y XVIII, Lander (2000) ahonda en el análisis fundacional de las ciencias sociales:

Es este el contexto histórico-cultural del imaginario que impregna el ambiente intelectual en el cual se da la constitución de las disciplinas de las ciencias sociales. Esta es la cosmovisión que aporta los presupuestos fundantes a todo el edificio de los saberes sociales modernos. Esta cosmovisión tiene como eje articulador central la idea de modernidad, noción que captura complejamente cuatro dimensiones básicas: 1) la visión universal de la historia asociada a la idea del progreso (a partir de la cual se construye la clasificación y la jerarquización de todos los pueblos y continentes, y experiencias históricas); 2) la “naturalización” tanto de las relaciones sociales como de la “naturaleza humana” de la sociedad liberal/capitalista; 3) la naturalización u ontologización de las múltiples separaciones propias de esa sociedad; y 4) la necesaria superioridad de los saberes que produce esa sociedad (“ciencia”) sobre todo otro saber. (p. 23)

Queda claro que las ciencias sociales toman forma con un carácter legitimador —objetivo, sistemático y científico— para darle soporte racional a la incipiente cultura liberal/burguesa del occidente de Europa, que, si bien es profundamente doméstica, nace con pretensiones universales. Este carácter universal viene conferido, primero, por el *control* de América, seguido del de África, como territorios que se conciben conquistados y cuyas poblaciones y culturas han sido definidas como *inferiores* (*feminizadas*, precisaría la filósofa Karina Ochoa). Es pertinente recalcar que la invención de la superioridad —o, como se menciona en estos tiempos, la

supremacía— descansa en interpretaciones referenciales, esto es, debe concebirse un otro inferior, para que la subjetividad adquiera sentido. En este horizonte, las ciencias sociales, como la plantea Castro Gómez (2000), tienen en su embrión una mirada profundamente colonial:

No resulta difícil ver cómo el aparato conceptual con el que nacen las ciencias sociales en los siglos XVII y XVIII se halla sostenido por un imaginario colonial de carácter ideológico. Conceptos binarios tales como barbarie y civilización, tradición y modernidad, comunidad y sociedad, mito y ciencia, infancia y madurez, solidaridad orgánica y solidaridad mecánica, pobreza y desarrollo, entre otros muchos, han permeado por completo los modelos analíticos de las ciencias sociales. El imaginario del progreso según el cual todas las sociedades evolucionan en el tiempo según leyes universales inherentes a la naturaleza o al espíritu humano, aparece así como un producto ideológico construido desde el dispositivo de poder moderno/colonial. Las ciencias sociales funcionan estructuralmente como un “aparato ideológico” que, de puertas para adentro, legitimaba la exclusión y el disciplinamiento de aquellas personas que no se ajustaban a los perfiles de subjetividad que necesitaba el Estado para implementar sus políticas de modernización; de puertas para afuera, en cambio, las ciencias sociales legitimaban la división internacional del trabajo y la desigualdad de los términos de intercambio y comercio entre el centro y la periferia, es decir, los grandes beneficios sociales y económicos que las potencias europeas estaban obteniendo del dominio sobre sus colonias. La producción de la alteridad hacia adentro y la producción de la alteridad hacia afuera formaban parte de un mismo dispositivo de poder. La colonialidad del poder y la colonialidad del saber se encontraban emplazadas en una misma matriz genética. (p. 154)

A partir de estas nociones sociales coloniales, dicotómicas y profundamente controladoras, en tanto aparato ideológico, irán conformándose las disciplinas de la sociología, la economía política

y la antropología. Para estas nuevas disciplinas, América (el caso que nos reviste interés, en este texto) forma parte de lo excluido, dado que en estos territorios —se presupone— prevalece el mito, la infancia, la pobreza, la comunidad, la tradición y la barbarie. En voz clara de un panelista, quedaría resumido así: “Frantz Fanon decía que el colonizado es una invención del colonizador. De esa creación venimos y en ella vivimos”, esto es, estamos atrapados en la colonialidad que ahora reproducimos desde nuestras propias instituciones; fenómeno que se conformó a partir de la europeización cultural de las élites pretendidamente *blancas* en la Colonia, que luego encontraron en las ciencias sociales una ratificación científica (esto es, objetiva y neutra) para su consolidación en el poder, a través de la modernización de las instituciones de los territorios de las otroras colonias portuguesas y españolas, devenidas en Repúblicas, simulando los Estado/nación que nacían en el Norte.

Como se planteó en los debates, tenemos un sistema educativo que imparte instrucciones que siguen unos parámetros que no definimos nosotros como pueblo; los definió la escuela prusiana, con su noción de historia universal hegeliana, y allí lo europeo constituye la cúspide de la humanidad, con la concomitante *inferiorización* del resto de las culturas del planeta. Este modelo educativo fue actualizado en el siglo XX, con el conductismo de los Estados Unidos y Europa, y eso fue lo que nos llegó como sistema educativo formal. Esto sigue reproduciendo un imaginario capitalista clásico, actualizado por el imperialismo, en el siglo XX y a finales de ese mismo siglo, con elementos neoliberales.

Complementario al sistema educativo, inicialmente establecido para la “dotación de cultura” a las élites que detentaban el poder local, a través de su autodefinida *blancura*, se produjo durante la primera mitad del siglo XX, una profunda transformación de la demografía nacional y, con esta, de los imaginarios culturales de la población. Como lo narra uno de los ensayos aportados para el congreso, cultura, trabajo y vida dieron un vuelco, en pocas décadas:

Debe resaltarse que la inserción de una nueva geometría del poder nacional —con el auge de la explotación petrolera— trajo, como expresión, el rentismo, acompañado de la

llamada cultura del petróleo (Vargas y Sanoja, 2015) y el nacimiento de la *ciudad petróleo* (Quintero, 2014), que se sumó al auge de procesos tales como el éxodo campesino masivo y el establecimiento de asentamientos informales, al interior de las principales ciudades. Ello también tuvo una manifestación directa en la academia venezolana y en el desarrollo urbano del país, instalándose intereses neocoloniales por parte de los Estados Unidos de América y estableciendo un alto grado de injerencia política, económica y cultural en nuestra sociedad.

Mientras en el país se daba este viraje histórico — fundamentalmente en la emergente y creciente población urbana y, con marcadas manifestaciones culturales—, allende de nuestras fronteras, los Estados Unidos se consolidaban como la gran potencia del Atlántico y, junto con sus aliados y dominados, constituían un nuevo orden mundial. En este nuevo arreglo del tablero geopolítico, se requerían importantes ajustes. Uno de los ensayistas describe, seguidamente, algunos de ellos:

El sueño del desarrollo para América Latina surgió una vez terminada la Segunda Guerra ‘Mundial’ y puesto en marcha el multilateralismo que equilibraría las fuerzas antagónicas globales para proteger a los países más débiles en disputa. Los extraordinarios adelantos en el campo bélico consolidaron la promesa de la ciencia como instrumento para el logro del bienestar de la humanidad. En una iniciativa paternalista, dirigida a imponer su influencia regional desde el discurso de validación que el poder le confería ahora a la ciencia, el Gobierno de Estados Unidos declaró, al cierre de la década de 1940, la necesidad de poner los avances científicos al servicio de los países que etiquetaba, por primera vez y para siempre, como subdesarrollados: “Su pobreza es una desventaja y una amenaza tanto para ellos como para las áreas más prósperas. Por primera vez en la historia, la humanidad posee el conocimiento y la habilidad para aliviar el sufrimiento de estas personas”. (Truman, 1949)

Todos debíamos montarnos en el tren del *desarrollo*, cuya única estación-destino era, y es, el *progreso*; cada quien debía ajustarse al

vagón asignado, con la ilusión de pedir “cambio de vagón si tenía buen rendimiento”: la locomotora no era una opción. Para aspirar a realizar el viaje al *progreso*, había que trabajar, mejor dicho, había que producir; para lograr este objetivo, se requirió, entonces, una educación masiva para el trabajo, pero no era cualquier trabajo: consistía en el trabajo productivo para el capital. Ahora bien, como lo señalaron en los paneles, este fue el proceso institucionalizado a lo largo del siglo XX, pero es la memoria histórica quien nos puede llevar a nuestra interpretación de este fenómeno.

Volviendo con Santiago Castro Gómez (2005), y este apoyado en Immanuel Wallerstein, encontramos que ya en la Colonia, además de haber despreciado el trabajo indígena por no estar dirigido a la producción, en la incipiente vida urbana se instauran nuevas categorías jerárquicas, claramente coloniales:

Wallerstein (1998, p. 76) afirma que la división internacional del trabajo estaba revestida de un carácter fundamentalmente étnico. La etnización de la fuerza de trabajo de la que habla Wallerstein se manifestaba no solo en el reclutamiento de la mano de obra para las haciendas, plantaciones y minas, sino también en el valor cultural que se imputaba al tipo de actividad ejecutado por las personas que allí laboraban. En la Nueva Granada, el trabajo manual era visto por la elite criolla como un ejercicio de “vileza”, porque era realizado por esclavos negros, por indios encomendados o por campesinos mestizos (también llamados “peones”). La demostración simbólica de la blancura exigía entonces que una persona tenida como tal debía ocuparse de “oficios nobles” y no de “oficios viles y mecánicos” (Juan y Ulloa, 1983 [1826], p. 422). Además de las faenas propias del trabajo en el campo y las minas (agricultores, mazamorreros, cargueros, arrieros, etcétera), estos oficios “plebeyos” incluían el ser maestro de escuela, sastre, zapatero, comerciante, platero, boticario, expendedor de chicha, panadero e incluso cirujano. Por oficios “nobles” eran tenidos, en cambio, el ejercicio de cargos públicos (alcalde, militar, oidor, procurador, escribano, notario, fiscal), así como el trabajo intelectual, la práctica

de la jurisprudencia y el sacerdocio. Más que riqueza, para la adquisición de estos cargos y profesiones se requería tener un buen apellido y mantenerlo “limpio”, es decir, libre de toda contaminación étnica con los miembros de las castas.

Esta jerarquía de artes y oficios actuaba como un mecanismo de selección que calificaba o descalificaba a un individuo para formar parte de la elite blanca. El mantenimiento de tal jerarquía estaba asegurado por el estatuto legal concedido a los gremios, organismos urbanos de carácter corporativo que agrupaban a trabajadores de distintos ramos (plateros, joyeros, panaderos, textiles, escribanos, etcétera). Aunque algunos de estos grupos presionaron a la Corona para una mejor valoración social de su oficio, el estigma del origen étnico pesaba demasiado sobre sus practicantes, en su mayoría mestizos. Los escribanos, por ejemplo, podían alegar que su oficio no era mecánico, pero el estamento dominante les consideraba inhabilitados para ocupar cargos de rango social más alto debido a que no tenían educación universitaria, es decir, no se habían sometido al régimen de las “informaciones “. (pp. 86-87)

Sobre esta realidad colonial, el dispositivo ideológico va a ejercer, en nuestros territorios, un profundo impacto: aquel que, desde el altar del conocimiento científico, instauraron las ciencias sociales. Este dispositivo fue extraordinariamente potente en Europa de los siglos XVIII y XIX, con un fin claro, la naturalización cultural de la vida en torno a la producción capitalista. Así lo refleja Castro Gómez (2000), en el siguiente pasaje:

La matriz práctica que dará origen al surgimiento de las ciencias sociales es la necesidad de “ajustar” la vida de los hombres al aparato de producción. Todas las políticas y las instituciones estatales (la escuela, las constituciones, el derecho, los hospitales, las cárceles, etcétera) vendrán definidas por el imperativo jurídico de la “modernización”, es decir, por la necesidad de disciplinar las pasiones y orientarlas hacia el beneficio de la colectividad a través del trabajo. De lo que se trataba era de ligar a todos los ciudadanos al proceso

de producción mediante el sometimiento de su tiempo y de su cuerpo a una serie de normas que venían definidas y legitimadas *por el conocimiento*. Las ciencias sociales enseñan cuáles son las “leyes” que gobiernan la economía, la sociedad, la política y la historia. El Estado, por su parte, define sus políticas gubernamentales a partir de esta normatividad científicamente legitimada. (p. 148)

Este proceso de inserción cultural, dirigido por el conocimiento científico, tendría su correlato histórico en el país, a lo largo del siglo XX, y con especial énfasis, a partir de la posguerra. Este fenómeno se produciría con marcados matices distintivos al implementado en la Europa urbana/fabril; en nuestros territorios, toda la expresión colonial de este dispositivo de las ciencias sociales tendrían (y tienen) vis a vis, a los sujetos elegidos y a los inferiorizados/negados/invisibilizados. En este sentido, más allá de la “casta” de los europeizados vestidos de *blancura*, el tránsito de los “plebeyos” pasando de inferiorizados a nuevos sujetos trabajadores para la producción capitalista no estaría exento de contradicciones, dudas y resistencias; todas constitutivas de una subjetividad “diseñada” desde la más profunda hipocresía propia del pensamiento liberal/burgués. Castro Gómez (2000) relata este tránsito, en el siguiente extracto:

Habíamos dicho también que, en el marco del proyecto moderno, las ciencias sociales jugaron básicamente como mecanismos productores de alteridades. Esto debido a que la acumulación de capital tenía como requisito la generación de un perfil de “sujeto” que se adaptara fácilmente a las exigencias de la producción: blanco, varón, casado, heterosexual, disciplinado, trabajador, dueño de sí mismo. Tal como lo ha mostrado Foucault, las ciencias humanas contribuyeron a crear este perfil en la medida en que formaron su objeto de conocimiento a partir de prácticas institucionales de reclusión y secuestro. Cárceles, hospitales, manicomios, escuelas, fábricas y sociedades coloniales fueron los laboratorios donde las ciencias sociales obtuvieron a *contraluz* aquella imagen de “hombre” que debía impulsar y

sostener los procesos de acumulación de capital. Esta imagen del “hombre racional”, decíamos, se obtuvo *contrafácticamente* mediante el estudio del “otro de la razón”: el loco, el indio, el negro, el desadaptado, el preso, el homosexual, el indigente. La construcción del perfil de subjetividad que requería el proyecto moderno exigía entonces la supresión de todas estas diferencias. (p. 155)

Luego de esta mirada rápida y sesgada, a la historia en estos territorios, no resulta sorprendente que la cuestión de la identidad, en pleno siglo XXI, cobrara tal relevancia en el debate, ¡claro está!, con la identidad se hermana la cultura. Cuestionamientos acerca de la una, son cuestionamientos acerca de la otra. Este influjo de las ciencias sociales, instrumentalizadas a partir de la posguerra —fundamentalmente, por parte de los organismos multilaterales (de toda índole)—, se presenta, aún, heterogéneo y contradictorio. Durante el debate, no fueron pocas las llamadas de atención que trajeron al presente prácticas y oralituras de padres/madres o abuelas/abuelos, como sujetos al margen de esta gran oleada domesticadora que se vivió en el país hace tan solo medio siglo. Las contradicciones culturales flotan de manera intergeneracional.

De igual forma, se planteó la dificultad de confrontar la noción de colonialidad (del saber y del poder), a pesar de haber sido alertada décadas atrás. Un panelista recordó que hace 30 años, el maestro Luis Bigott describió al educador neocolonizado, pero también puede ser un científico, un profesional de cualquier área que puede estar neocolonizado a través de una visión económica *pitiyanqui*. Existe una colonización inconsciente: lo que hacemos es reproducir de manera memorística, fortaleciendo una visión eurocéntrica, una visión que no responde a nuestro presente, pasado o futuro. Esto también lo advirtió Simón Rodríguez, hace más de 200 años. Se requiere pensar cómo nos vamos a enfrentar a la visión neocolonial que está metida en nuestra cultura, incluso en nuestros espacios cotidianos. En el mismo debate, se añadió que la colonialidad no solo consiste en asumirse colonizado y naturalizar esa colonización, sino también en reproducir a lo interno de la propia cultura ese proceso colonizador, que es racista, machista, cientificista y

eurocéntrico (y, más recientemente, euronorteamericano). Esto lo reproducimos dentro de las instituciones que han sido construidas por la modernidad occidental para expandir el proyecto civilizatorio de la sociedad burguesa.

Ciencia y tecnología como hecho cultural

Es propicio destacar que el abordaje de las nociones e implicaciones del término cultura superan, con creces, el alcance de esta sistematización del V Congreso Venezolano de Ciencia, Tecnología e Innovación; sin embargo, es oportuno reflejar algunos aspectos mostrados en el debate.

En Venezuela, generalmente, se concibe la cultura como arte y espectáculo. Se podría decir que nuestra acepción de cultura está más enfocada a las artes plásticas, escénicas y musicales, incluyendo y fusionándose con géneros artísticos y expresiones foráneas, lo que reduce o dificulta utilizar la imaginación para generar una diversidad de expresiones culturales locales o nacionales originales. Sin embargo, la cultura debe ser entendida como una totalidad propia del gentilicio e idiosincrasia de la identidad nacional. Por tanto, podríamos decir que la concepción actual de cultura es una visión parcializada y, por lo tanto, restringida de lo que debería ser una visión cultural descolonizada, independiente y emancipadora del espíritu venezolano. Como hemos apreciado a lo largo del texto, cuando abordamos la discusión cultural, es necesario tomar en cuenta una compleja amalgama de resistencias caribe-andino-amazónico, de inferiorización y dominación ideológica, de movimientos emancipatorios territoriales y republicanos, aplicación de dispositivos científicos de control y sumisión, inserción al trabajo productivo rentista/capitalista, rebeldía histórica en pro de la soberanía (por mencionar algunos de los componentes añadidos en esta larga marcha). De ahí que la memoria histórica y el conocimiento liberador sean vitales.

En el contexto del evento, se hizo hincapié en que la ciencia y la tecnología son atributos de la cultura, y no al revés. Es desde la cultura donde surgen las necesidades a resolver, los problemas que deben pensarse de una manera que facilite o mejore algún proceso

material o inmaterial. El sistema moderno capitalista presenta a la ciencia y a la tecnología como nichos de mercados independientes de la cultura, como si cada área de conocimiento tuviera vida propia, como si la mente humana fragmentara esa totalidad. Esto, porque la cultura dominante es capitalista, y comprende la educación, la academia y el Estado liberal republicano y federal como los espacios naturales para el despliegue ideológico moderno, que, entre otras cosas, impulsa la innovación y la ciencia para producir y reproducir el capital. Nuestro país no escapa de la trampa del patrón de conocimiento dominante. Es importante destacar que la ciencia y la tecnología son producto y consecuencia directa de la cultura, y hacernos conscientes de ello. Por tanto, deberían ser propias de un pueblo o nación específica; no obstante, nos encontramos subsumidos en la civilización occidental y su noción *universalizante* a partir de la experiencia europea. La epistemología dominante genera los resultados esperados para el tipo de cultura que la realiza. Si esta cultura es de dominio, como es la cultura hegemónica moderna capitalista eurooccidental, entonces será racista, xenófoba y excluyente; su naturalización, como fenómeno, se cristalizó a lo largo de los últimos tres siglos. En consecuencia, los conocimientos científicos y los avances tecnológicos, como componentes culturales, responderán solo a los intereses de las grandes corporaciones multinacionales imperialistas que las financian, con el fin de dominar y excluir a las otras y los otros que no son como ellos. Con esto, la investigación científica básica y las innovaciones tecnológicas que se realizan, son pensadas para ampliar el capital y hacer dependientes a quienes no pueden competir o hacer frente al poder corporativo económico cultural imperialista. Entonces, la economía política capitalista, como la forma de hacer la vida moderna, determina los mecanismos de mercado que estas corporaciones ya controlan mediante su gran poder económico y político, y resulta en el dispositivo cultural más potente en la actualidad.

En la calle está el debate sobre la ciencia y la tecnología como dispositivos de dominación moderno/colonial/capitalista o, en contraposición, como palancas para el bienestar y la soberanía; el

congreso evidenció la importancia de profundizar en esta dualidad. A modo de ejemplo, y en perspectiva de la escuela de pensamiento conocida como ciencia, tecnología y sociedad, uno de los ensayos consignados reseña:

Durante el siglo pasado, la exclusión social y educativa, la pobreza de las mayorías y la dependencia cultural científico-técnica crecieron en la medida que la lógica del capital fue penetrando en todo el tejido social y apoderándose de los bienes y espacios públicos. En la década de los noventa, la concepción de la educación como servicio —y, por tanto, comercializable— penetró en las universidades oficiales y las funciones de investigación y extensión tuvieron como fin primordial la generación de los llamados “ingresos propios”. En algunas universidades se impuso el cobro de matrícula y las pruebas internas de selección se convirtieron, y aún siguen convertidas, en un negocio. Durante las dos últimas décadas del siglo XX, el neoliberalismo avanzó y penetró todo el tejido social, profundizando la colonialidad cognoscitiva y cultural en el pueblo venezolano.

Se concluye que Venezuela hasta el siglo XX careció de un proyecto nacional que estableciera las bases para un desarrollo autónomo. Las políticas modernizantes a imagen y semejanza de los países desarrollados del sistema capitalista no requirieron de creación científica y tecnológica propia; por consiguiente, estas sirvieron para profundizar la dependencia económica, contribuir con la depredación del ambiente y afianzar el colonialismo cultural, que, por encima del económico y el militar, es el más poderoso y determinante para el dominio integral de los pueblos.

El siglo XXI nos tomó encapsulados en esta realidad: *dentro de la economía capitalista todo, fuera de ella, la nada*. Esta realidad cultural, como se expresara en el debate, constituye un enorme y totalizante lastre al interior del proceso bolivariano y revolucionario que, a trompicones, llevamos a cabo en el país. Lander (2000) indica en este sentido:

En los debates políticos y en diversos campos de las ciencias sociales, han sido notorias las dificultades para formular alternativas teóricas y políticas a la primacía total del mercado, cuya defensa más coherente ha sido formulada por el neoliberalismo. Estas dificultades se deben, en una importante medida, al hecho de que el neoliberalismo es debatido y confrontado como una teoría económica, cuando en realidad debe ser comprendido como el discurso hegemónico de un modelo civilizatorio, esto es, como una extraordinaria síntesis de los supuestos y valores básicos de la sociedad liberal moderna en torno al ser humano, la riqueza, la naturaleza, la historia, el progreso, el conocimiento y la buena vida. Las alternativas a las propuestas neoliberales y al modelo de vida que representan, no pueden buscarse en otros modelos o teorías en el campo de la economía ya que la economía misma como disciplina científica asume, en lo fundamental, la cosmovisión liberal. (p. 11)

Esta cosmovisión liberal propia de la economía —ya no concebida como un hecho cultural, sino como un dictamen científico— tiene sus raíces en el siglo XIX, como lo describe González (2021):

Antes de la primera mitad del siglo XIX, a la economía que conocemos actualmente se le identificaba como economía política. Estos dos conceptos eran indivisibles para los pensadores políticos y económicos europeo-norteamericanos de la época, ya que reconocían que la economía y la política siempre se corresponden con acuerdos, debates, diálogos, cultura, comercio, relaciones y vínculos que las personas establecen, constantemente, en su vida cotidiana. Esto, independientemente de la posición política, económica y social de aquellas. Con el tiempo, los economistas políticos, eliminaron la palabra política para que la economía se convirtiera en una ciencia objetiva, infalible y demostrable según los postulados del liberalismo. (p. 31)

Por lo anteriormente expuesto y a la luz de nuestro territorio, la cultura moderna capitalista rentística petrolera —legitimada

en el discurso economicista—, disminuye, limita e invisibiliza las potencialidades y capacidades de la diversificación cultural, de índole identitaria, que nos ayuden a crecer y a crear como pueblo-nación. El trabajo asalariado forma parte de la concepción restringida de la cultura. Las políticas de subsidio, en la concepción restringida de la cultura, no han sido efectivas para la diversificación de las actividades culturales, ni para la promoción de nuevas actividades y/o preservación de la identidad cultural venezolana. La concepción restringida de la cultura no es democrática, más bien es despótica, en tanto es un dispositivo de control de la población por parte de una minoría con poder.

Como consecuencia de las profundas desigualdades e injusticias acumuladas en Venezuela, las postrimerías del siglo XX se caracterizaron por la debacle del sistema político, como un todo. Este fenómeno propició que el presente siglo nos tomara con un proceso refundacional de la República, al promulgarse la Constitución de 1999 y la correlativa transformación de la institucionalidad del Estado. En el horizonte de este proceso yace la ilusión de promover un viraje histórico en el país, que permita trascender aquellos elementos o dispositivos de dominio/control que restringen la emancipación y liberación cultural de la población del pesado yunque moderno/colonial/capitalista. Tal iniciativa, con visos de hazaña, no podía (ni puede) pasar inadvertida por el hegemon imperial. Estos últimos veinte años, caracterizados por importantes avances sociopolíticos —y quizás más timoratos los logros económicos y culturales—, han estado salpicados por todas las modalidades conocidas de desestabilización política que se le conocen al imperialismo estadounidense, unas fallidas, otras exitosas. No es menester citarlas en su especificidad, pero estas han sido diseñadas, o bien para mermar el sistema económico-productivo, o la organización sociopolítica, o la subjetividad moral y cultural, teniendo sus formas más violentas en las invasiones militares, la promoción de estallidos sociales o los magnicidios.

De manera concomitante, la dependencia económica —primordialmente sobre la renta petrolera; pero, en general, sobre

la concepción de país-mina— comenzó a ser profundamente cuestionada como opción garante de estabilidad política y económica; más sensible aún, su capacidad de construir soberanía y emancipación. Por otro lado, ha sido un siglo de profunda transformación cultural, sobre todo de los sectores de la población formados universitariamente, políticos y el variopinto sector productivo semindustrial.

De este modo, se planteó en los paneles, desde la perspectiva del análisis de coyuntura, que el agotamiento del rentismo petrolero como cultura de desarrollo nacional —dada su demostrada y evidente incompetencia para resolver cualquier problema nacional de forma permanente, de acuerdo con los retos que plantea el bloqueo contra Venezuela— también afecta el tipo de educación moderna capitalista que aún se despliega en el sistema educativo formal. Además, el bloqueo y el acoso imperialista representan un cambio brusco de las relaciones políticas, económicas y sociales de la economía venezolana, donde se pasó de una economía rentística dependiente del ingreso y la renta generada en el exterior del país por la exportación de hidrocarburos, hacia una economía de resistencia prolongada por la exclusión del país a través de los mecanismos económicos internacionales. Esto, por supuesto, incluye y afecta al tipo de educación que se venía desarrollando institucionalmente. Si ya el capitalismo rentístico venezolano era insuficiente para responder a las necesidades de la población antes del bloqueo imperialista, ahora ese rentismo no tiene ninguna posibilidad de garantizar el estilo de vida moderno capitalista implantado en el imaginario colectivo de los profesionales del país, desde la llegada de la industria petrolera. Por tanto, la necesidad de la transformación educativa que estaba ya presente antes del bloqueo, ahora es una urgencia para poder superar esta y garantizar una identidad y unidad nacional, a tal punto que se puedan alcanzar objetivos de condiciones de vida digna y preservación ambiental ejemplares y distintos a las consecuencias negativas que genera la modernidad capitalista en otros países de la región.

Muchos de esos efectos negativos se corresponden con el colapso del capitalismo, las tensiones geopolíticas y la crisis

ambiental global, producidas por la racionalidad moderna, tal como se plantea en el documento rector del congreso. A nivel educativo, los profesionales, científicos e investigadores vienen desarrollando tecnologías que son agresivas con el ambiente, y concebidas para garantizar una alta tasa de ganancia para las empresas y corporaciones multinacionales que conforman el mercado mundial. Esto último se convierte en el escenario de disputas imperialistas constantes y violentas, evidenciado por la inestabilidad del sistema capitalista y su incapacidad para proteger la vida humana y la vida en el planeta. Esta inestabilidad sistémica estuvo presente desde sus comienzos, y a través de los años se agrava aún más, como lo muestran las muy conocidas y reconocidas crisis cíclicas del capitalismo. Estas crisis dejan sin bases los conocimientos académicos tradicionales en el área de economía, aunque también desnudan la efectividad de todos los conocimientos científicos, que, en términos de soluciones, nunca pudieron prevenir ninguna de las crisis económicas, las guerras derivadas de ellas, ni los efectos negativos en la población y los ecosistemas. Es así como los conocimientos científicos, por ejemplo, desde la física, la química o la biología son enfocados casi exclusivamente para producir o mejorar procesos productivos con el fin de incrementar el capital, o en su defecto, para paliar las mismas consecuencias que produce el sistema al que dan cuenta estas disciplinas. De igual forma, los científicos sociales que egresan del sistema educativo se integran fácilmente, sin siquiera percibirlo, como engranajes de la maquinaria humana y tecnológica para la generación y acumulación de capital o domesticación/control de los pueblos.

La situación anterior ha sido repetitiva o constante desde el siglo XIX hasta la fecha. El problema es que el sistema ya no puede garantizar los puestos de trabajo, ni el funcionamiento de todo el engranaje que produce y acumula capital para ser exportado a los centros financieros internacionales. Aunado a esta realidad global, las políticas de Estado en Venezuela —a favor del manejo soberano de sus recursos— han afectado su papel como país exportador de capitales hacia las potencias industriales y financieras internacionales; por este motivo, fueron robadas las grandes reservas internacionales

de divisas y de oro del país, a través de las políticas injerencistas, principalmente de los Estados Unidos, seguido por Europa. Se aprecia que, por múltiples y complejas causas, ya el capitalismo entró en decadencia y se vislumbra un colapso general de este por el alto grado de entropía que presenta el sistema y sus principios moderno/liberales. El colapso incluye a la ciencia y a la tecnología, que ahora dependen no solo de la investigación y desarrollo en los centros internacionales y universitarios —mayormente privados—, sino también de las instituciones y personas que las financian, quedando a merced de los altibajos de las bolsas de valores y de las decisiones de mercado de los accionistas, porque la ciencia desde hace tiempo dejó de ser un medio para resolver problemas humanos y devino en un medio para resolver problemas de incremento del capital. Por estas razones, varias intervenciones en el congreso coincidieron en la imperiosa necesidad de transformar al sistema educativo, lo cual requiere un cambio en la forma de educar en todos los niveles, incorporando una nueva concepción de la ciencia o formas innovadoras de construcción de conocimientos comunitarios y participativos.

Bajo este complejo panorama geopolítico, caracterizado por tensiones, resistencias y procesos de transformación, Venezuela ha minimizado —en algún grado— la muy agresiva estrategia imperial instrumentalizada desde la así llamada *cultura del entretenimiento*. Con relación a otros países de la región, las llamadas *industria creativa* y la *economía naranja*, ambas bajo la visión neoliberal moderna, no pudieron establecerse en el país porque no cuentan con las condiciones de infraestructura, inversión, capacitación y financiamiento, según la concepción capitalista de la cultura de mercado. Además, se contraponen con los principios y valores de independencia y soberanía propuestos por el Gobierno Bolivariano de Venezuela y su iniciativa político-económica de construir un sistema social alternativo basado en la concepción del socialismo bolivariano o socialismo del siglo XXI. En general, las políticas públicas culturales latinoamericanas han respondido a las políticas públicas culturales estadounidenses desde los años 50, concebidas para el control social de su población, y han sido consecuentes con

el giro neoliberal que dieron en los años 70. Existe una diferencia entre la producción de contenidos y la comercialización cultural, que queda desdibujada en la lógica de la digitalización de las expresiones culturales y creativas. Este fenómeno ha tenido un auge extraordinario en las últimas décadas; la tendencia hacia la digitalización, monopolizada por las Gafam (Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft), tiende a expulsar de la industria creativa a los países latinoamericanos. Esta situación es exacerbada para Venezuela, como consecuencia del bloqueo estadounidense y la guerra económica. Este nuevo dispositivo imperial debe ser cuidadosamente atendido por el Estado, como lo planteó un panelista: “Ya no es la Corona, ya no son las ciencias sociales; ya no son las instancias multilaterales, ahora es su conjunción en las denominadas redes sociales digitales”.

Filosofía del conocimiento y horizontes de sentido

De la reflexión crítica a la acción comunitaria orientada a nuevas pedagogías y culturas

No resulta tarea sencilla reflexionar acerca de horizontes de sentido para una comunidad. La tarea es más ardua, si se plantea en clave colectiva. Pero hay que hacer notar que así ocurrió a lo largo del área temática “Educación-cultura-trabajo-naturaleza-vida” abordada en los debates del V Congreso Venezolano de Ciencia, Tecnología e Innovación.

Una prolija discusión en torno a las bases conceptuales de lo que concebimos como educación, cultura y trabajo, y su incidencia sobre la vida toda, condujo a una crítica sentida acerca de las necesidades y posibles rutas para la transformación. Este ejercicio, en el marco del congreso, estuvo complementado por la rica acumulación de experiencias “realmente existentes” en el país, como sustrato tangible de la posibilidad cierta de establecer nuevos rumbos, más allá, de las tendencias hegemónicas dominantes.

Un ensayista aporta, con agudeza:

Reflexionar sobre la educación siempre tendrá una preponderancia fundamental, pues no escatimamos en afirmar que esta última juega un papel central en el diseño del devenir que un país se proponga. Los países y, por tanto, su gente avanzan en la misma proporción en la que avanzan sus estamentos educativos; por ello, la educación en su conjunto juega un papel fundamental a la hora de caracterizar las formas en cómo se consolidan las posibilidades de desarrollo de determinada sociedad.

En ese sentido, podemos afirmar que los pueblos necesitan de la memoria activa, de la historia, de relatos que permitan institucionalizar procesos y prácticas que den cuenta de la sobrevivencia de su grupo, para la reproducción de lo social. En ese marco, lo que conocemos como *la tradición* representa posibilidades que permiten, por un lado,

conservar la memoria que le ha permitido a ese pueblo llegar hasta donde ha llegado, para de esta manera evitar todos los días empezar de cero a construir toda una cultura.

Uno de los más grandes problemas educativos es definir o precisar nuestra identidad nacional para generar un sentimiento patrio basado en nuestras raíces. El conocimiento de la verdad histórica es un proceso de autodescubrimiento de lo que somos, lo que hemos sido y que podemos llegar a ser. Este ejercicio aún no se ha hecho a cabalidad, por lo que representaría una auténtica innovación tecnológica social sin precedentes. Una tarea que implica entretejer los sentires y pensamientos desde las huellas colonizadoras para decolonizar la idiosincrasia y el gentilicio, en función de una visión específica de nación, y construir el modelo civilizatorio venezolano para *vivir viviendo*, distinto al Estado-nación de la modernidad capitalista.

En este sentido, Ortiz y colaboradores (2018) nos recuerdan que los modelos educativos impuestos, asumidos y desarrollados se fundamentan en la homogenización cultural; por ende, el rescate de la diversidad epistémica y ontológica de los pueblos que hacen vida en estos territorios demanda trascender estos modelos:

La pedagogía moderna/occidental no puede reconocer ni visibilizar las diferencias por cuanto su interés estuvo centrado en homogeneizar, de ahí que sea una pedagogía colonizante. Frente a la diversidad/diferencia/lo otro/lo distinto/lo heterogéneo, la respuesta fue hacer que todo se parezca al modelo europeo colonial (Palermo, 2014). Esta es una pedagogía obsoleta, cuyos postulados epistémicos están en crisis, han caducado, y es por ello que los educadores debemos asumir los preceptos del giro decolonial, sumarnos a la resistencia y luchar por la configuración de una pedagogía “otra”. Ahora bien, para pensar una pedagogía “otra” —no otra pedagogía— es necesario retar, desafiar, afrontar, hacerles frente abiertamente y resistir las diversas colonialidades que limitan nuestra existencia cotidiana: la colonialidad del saber, del poder, del ser y del vivir. (p. 206)

Los autores añaden, en concordancia con lo que se planteó en los debates centrados en el origen histórico de nuestros sistemas educativos y la colonialidad del saber:

En el campo de la educación y en la teoría pedagógica, también ha operado, de manera silenciosa y exitosa, esta colonialidad epistémica y epistemológica, negando otras formas ancestrales, diversas, singulares o emergentes de configuración de conocimiento, simplemente por no ser europeas, norteamericanas, blancas, patriarcales o “científicas” (desde la epistemología cartesiana-newtoniana). Esta racionalidad empirista-positivista separa el conocimiento del mundo, asumiendo una epistemología dualista fragmentadora, en la que el objeto de estudio existe “afuera” del sujeto y, por lo tanto, el conocimiento es interno y el mundo es externo. (p. 207)

Por esto, el tipo de educación moderna es inconveniente para superar política, económica y socialmente al propio sistema moderno capitalista eurooccidental. Esta es una oportunidad histórica para repensar el país que queremos, desde nuestras necesidades y con nuestros propios conocimientos científicos tecnológicos, tanto ancestrales como comunitarios.

Es menester hacer del proceso educativo un hecho profundamente revolucionario y transformador, una cultura revolucionaria. Esta demanda histórica compele a incorporar los saberes ancestrales y populares, y develar los profundos y devastadores daños que el capitalismo le ha generado a la humanidad, al pueblo venezolano, como consecuencia de la concepción misma del ser humano separado (y en guerra) con la naturaleza. Es imperante profundizar en la construcción de plataformas educativas y culturales que sirvan de soporte para una propuesta emancipadora que se corresponda con los desafíos del siglo XXI.

Una panelista enfatizó que se aprende en colectivo, no individualmente. Es importante incorporar el trabajo cooperativo al logro de propósitos colectivos específicos. Aprender a colaborar en colectivo, sea en grandes o pequeños grupos, resaltando el

gran valor que eso tiene para solucionar problemas y superar las dificultades. De esta forma, los conocimientos se conectan, dialogan, se enriquecen desde el compartir con la otra y el otro. Sería una educación basada en la construcción y colaboración colectiva, determinando hacia dónde queremos llegar como nación. En una revolución, sería contradictorio no integrar los conocimientos que la modernidad se encarga de fragmentar cada vez más. Expresar nuestros sueños nos da libertad. Esto es mejor si soñamos juntas y juntos, activándonos para alcanzar nuestros propios sueños y los sueños compartidos, bajo nuestra propia responsabilidad con la ayuda de la familia y la comunidad organizada.

En consenso podemos acordar programas y estrategias para acompañar el proceso de decolonización de las personas que imparten los contenidos modernos capitalistas eurooccidentales en todo el sistema educativo formal venezolano. Muchas de ellas y ellos viven una colonialidad inconsciente, porque la mayoría estamos neocolonizados; las instituciones reproducen este fenómeno, aspecto que le confiere mayores desafíos al proceso de transformación. Es decir: muchas veces, no sabemos que defendemos y reproducimos valores y principios extranjeros que van en contradicción con los nuestros. De forma memorística, se asumen los discursos y argumentos modernos capitalistas como la teoría normal, por lo que no se critica el funcionamiento del sistema en la vida cotidiana. Las estudiantes y los estudiantes, que también serán educadoras y educadores, seguirán repitiendo esta cultura colonizada. Por esto, es razonable pensar en organizar estrategias de decolonización de prácticas, saberes, procedimientos y contenidos, con elementos análecticos para la liberación del pensamiento, la cooperación, la empatía, la imaginación y el mejoramiento o equilibrio de la espiritualidad de las educadoras y los educadores venezolanos en todo el país.

Ciertamente, la crítica a las pedagogías de la dominación y de la exclusión, implantadas en el continente, data de varias décadas. Ortiz y Borjas (2008) acotan:

... es preciso recordar que, entre 1960 y 1970, se fue gestando en América Latina una corriente amplia

de pensamiento en la que confluyeron la educación popular, la teología de la liberación, la comunicación alternativa, la investigación-acción-participativa y la filosofía de la liberación (Torres, 2007). Desde estos campos, en convergencia disciplinaria, se intentaba producir conocimientos que permitieran a sectores subalternos de la sociedad latinoamericana comprender su compleja realidad a fin de poderla transformar. Esta corriente de pensamiento estaba orientada por lo que hoy se conoce como el “paradigma emancipatorio”, ya que sus prácticas tenían una clara intencionalidad política al fortalecer en estos grupos sociales las capacidades que generarían cambios sociales. (p. 617)

En Venezuela tuvimos —durante las últimas décadas del siglo XX— diversas experiencias en este sentido, pero no se consolidaron en políticas públicas nacionales. No obstante, los participantes, tanto panelistas como ensayistas, identificaron avances y fortalezas del camino recorrido en estos 22 años de proceso revolucionario. En uno de los ensayos, este reconocimiento quedó reflejado en los siguientes términos:

... en medio de muchas otras circunstancias sociales, políticas y culturales, triunfa la Revolución Bolivariana, se identifican estos problemas y se emprende todo un proceso de transformación que aun actualmente está en curso. La municipalización de la educación a través de la Misión Sucre, la creación de nuevas universidades y la transformación de los antiguos institutos universitarios tecnológicos (IUT) en universidades politécnicas dan cuenta de ese proceso democratizador y masivo de un modelo educativo que está viviendo una transformación importante. La puesta en marcha de los programas nacionales de formación (PNF) es un reflejo de la posibilidad de construir un sistema universitario de cara a las necesidades del país, y no de las grandes corporaciones transnacionales del saber. No obstante, faltaba territorialidad: profundizar la municipalización, hacer realidad aquello que Boaventura de Sousa Santos denomina *la posibilidad de construir un conocimiento situado, pertinente y consecuente con la realidad local*.

Ya la Misión Cultura, en convenio con la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, con su experiencia de acreditación de saberes construidos en territorios y realidades determinadas, daba luces de esta posibilidad alternativa. De hecho, se desarrolló con éxito, pero el proceso no logró institucionalizarse y mantenerse en el tiempo. Es necesario advertir que tanto en Venezuela, en particular, como en América Latina en general, ha existido una tradición importante en lo que a educación popular se refiere, y las experiencias han sido múltiples desde las organizaciones sociales de base; por tanto, la búsqueda de otras formas y otros procederes ha estado en el imaginario de importantes sectores populares. La pedagogía de la liberación es uno de esos procesos que, a lo largo de décadas, se alimentó en América Latina. Sumado a ello, los debates generados —tanto por nuestro propio acervo crítico reflexivo, con raigambre histórica, como por las nuevas teorías de la complejidad— han incidido, de manera importante, a la hora de poner en cuestión nuestros propios modelos educativos.

La creación de nuevas universidades y la reconfiguración de numerosos institutos politécnicos en el país permitieron la innovación curricular y pedagógica. Por ejemplo, la Universidad Bolivariana de Venezuela, con varias sedes en las grandes ciudades, pero con una multiplicidad de ambientes universitarios en los espacios rurales (como parte de la política de municipalizar a la universidad), implementó y desarrolló los conceptos immanentes a la investigación acción participativa (IAP) como pedagogía para el estudio y la transformación desde lo local.

En palabras de Ortiz y Borjas (2008), con la implementación de la IAP como pedagogía:

... se desarrollan procesos de observación de la realidad para generar la reflexión sobre la práctica, la planificación y el desarrollo de acciones para su mejora y la sistematización de la experiencia y reflexión, en y sobre la acción para la producción de conocimientos en el campo de la educación

popular. Nuestro reto como investigadores en el ámbito educativo es el de desarrollar estudios que, a partir de un problema detectado y abordado en la práctica, produzcan teorías pedagógicas emancipadoras que incidan en la transformación de la acción educativa generando una praxis (práctica consciente y reflexiva).

Desprendernos de las ciencias de la educación y abordar las pedagogías para la emancipación, como propuesta de país, implica dejar de caminar por las epistemes enraizadas en la epistemología moderna/colonial, no solo en torno a la educación; especial atención ameritan nuestras nociones capitalistas de *ciencia, desarrollo, progreso, naturaleza, necesidades*, por mencionar algunas; todas ellas categorías con fuerte impronta moderno/colonial que se reproducen en las ciencias de la educación y más allá.

Ortiz y colaboradores (2018), basándose en los aportes de numerosos autores, sugieren un conjunto de categorías y condiciones que podrían ser consideradas en el establecimiento de estas necesarias pedagogías para la emancipación y la soberanía:

- Pedagogías que promueven prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir (Walsh, 2017).
- Pedagogías que dialogan con los antecedentes crítico-políticos, a la vez que parten de las luchas y praxis de orientación decolonial.
- Pedagogías que enfrentan el monólogo de la razón moderno/occidental/colonial y el mito racista de la modernidad/colonialidad (Bautista, 2009).
- Pedagogías que visibilizan todo lo que el multiculturalismo oculta y lo que se esconde, incluyendo la teleología identitaria-existencial de la diferencia colonial, la geopolítica del saber y la topología del ser (Maldonado-Torres, 2006a, 2006b).
- Pedagogías que configuran el cuestionamiento y el análisis crítico, la acción social transformadora, la insurgencia e intervención en los campos del poder, saber, ser y vivir; por último, que animan y asumen una actitud insurgente; es decir: decolonial.

- Pedagogías que transgreden, desplazan e inciden en la negación ontológica, epistémica y cosmogónica-espiritual que ha sido —y es— estrategia, fin y resultado del poder de la colonialidad.
- Pedagogías que abren grietas, desprendimientos y nuevos enganchamientos.
- Pedagogías que provocan aprendizajes, desaprendizajes y reaprendizajes.
- Pedagogías que aclaran y enredan caminos, no plantan dogmas o doctrinas, sino que siembran semillas para que puedan germinar de ellas conocimientos “otros” igualmente válidos a los saberes establecidos.
- Pedagogías que configuran “horizontes de teorizar, pensar, hacer, ser, estar, sentir, mirar y escuchar —de modo individual y colectivo— hacia lo decolonial” (Walsh, 2013, p. 67). (p. 213)

Estas propuestas combinan aspectos inmersos en la IAP, el pensamiento freireano y la teología de la liberación. A estas se les añade una impronta decolonial, dada la preocupación, en este momento histórico, por las consecuencias que está teniendo la racionalidad moderna en las condiciones para la sustentación de la vida en el planeta, como la conocemos.

En esta área temática, la mayoría de las intervenciones en el congreso —orales o escritas— coincidieron en destacar la importancia del componente comunitario y participativo en las ciencias y la educación, así como la necesidad de transformarlas hacia unas más ligadas al conocimiento popular. Es menester hacer del proceso educativo un hecho profundamente revolucionario y transformador, una cultura revolucionaria. La coyuntura del acoso económico-financiero del imperialismo, en conjunción con los escenarios de crisis sistémicas globales que se están viviendo en el país, es tierra fértil para plantearnos, desde la crítica y la ética, nuevos mecanismos e instrumentos educativos; además, debe reconocerse la extraordinaria oportunidad que representa la voluntad política de transformación estructural que transversaliza a las estructuras del Estado, desde las políticas del Gobierno nacional.

Aun cuando estamos en situación de acoso, nuestra respuesta sigue siendo un modelo de economía social con una perspectiva

de solidaridad, de cooperación, de ayuda mutua e intercambio, sobre todo en la pertinencia de producción de bienes y servicios, dirigidos a la satisfacción de las necesidades, y no a la lógica de la acumulación. Son elementos de respuesta que se están dando en el país y en América Latina, en función del pensar y repensar cotidiano de cientos de miles de colectivos comunitarios portadores de conocimientos y de sabiduría ancestral, que nos permiten plantearnos una epistemología propia de resistencia y de superación del capital. Hay principios ancestrales que son muy valiosos e indispensables para nosotros, en estos momentos.

El registro de las participaciones en esta área temática, al igual que estuvo pleno de experiencias revolucionarias, innovadoras y prometedoras —con énfasis en algunas experiencias universitarias y populares—, mostró preocupaciones y llamados de atención a otras realidades, igualmente sentidas.

En el marco del debate se planteó que el modelo educativo actual no logra que los estudiantes puedan desarrollar su espiritualidad de forma plena, lo que trae problemas de autoestima y de autoconfianza; aspecto que promueve —en alguna medida— subjetividades alienadas de sí mismas. Una voz llamó la atención a la tarea de rescatar el rol de la madre y del padre para equilibrar emocionalmente a la población, así como el rol de la amistad y del amor; esta labor solo se puede hacer reconociendo la importancia fundamental de la familia como elemento constitutivo de un sistema de educación, para los nuevos hombres y mujeres que conformarán nuestra futura nación. No es por casualidad que la educación moderna capitalista haya eliminado el rol de las emociones, la familia y el amor en la educación. Esto se hizo fácilmente, entre otras cosas, al excluir a la filosofía del estudio, desde la escuela, el liceo y en casi todas las carreras universitarias, dejándolo únicamente como epistemología, esto es, como el estudio objetivo del conocimiento técnico-científico, lo que debilita la generación de seres libres, espirituales, pensantes, autoconscientes de su papel en la mancomunidad venezolana. El amor a la sabiduría debe ser incorporado en el sistema educativo formal, aunque de manera decolonial, a partir de las filosofías suramericanas. Esta

reconfiguración de la educación puede estar acompañada de nuevas categorías para la comprensión y comunicación que cubran los vacíos de significantes que la modernidad ha dejado en los países del Sur global, debido a la racionalidad de dominio y control. La tarea sería generar nuevas categorías para un lenguaje que produzca nuevos pensamientos y nuevas realidades, a favor del vivir viviendo.

La transformación del sistema educativo también pasa por comprender y asumir algunas realidades producto de la coyuntura y el sistema heredado. En este sentido se planteó que, ante todo, hay que tener en cuenta que el bloqueo imperialista y la guerra económica, que se desarrollan en contra de nuestro país, tienen efectos negativos reales y perdurables en la forma de educar y educarse. El sistema público de educación, en todos los niveles, se ha visto afectado por el recorte presupuestario para su cotidiano desenvolvimiento, que incide en la calidad de la infraestructura, condiciones pedagógicas y ambiente de aprendizaje; de manera soslayada, se convierte en freno o desatención para la elaboración de políticas pedagógicas innovadoras. Estas últimas quedan suspendidas hasta la recuperación de mínimas condiciones para recibir a los estudiantes.

Simultáneamente, enfrentamos una realidad que requiere especial atención. Estamos atravesando un período donde se pauperizan, cada día más, las condiciones socioeconómicas y políticas de maestros, profesores y estudiantes del sector educativo o del sistema de educación formal administrado por el Estado venezolano, consecuencia directa de la guerra económica y la falta de visión estratégica prospectiva para la nación. Esto influye negativamente en la calidad de la educación impartida y recibida en las instituciones, lo que repercutirá inevitablemente en el desempeño de los futuros profesionales.

Quizá por el marco del congreso, o quizá por la notable relación —como se destacó en el apartado anterior— entre la educación y las ciencias sociales, tuvo un interés especial la articulación de la ciencia y la tecnología con la cultura-educación-trabajo, con la convicción de que reflexionar sobre nuevas pedagogías conduce a cuestionarse las formas de conocer en las cuales se sustentan

esas pedagogías. Dentro de esta reflexión, los roles que juegan la comunicación y el lenguaje son fundamentales. Por eso es pertinente preguntarse: ¿qué es ciencia?, ¿qué son las ciencias sociales?, ¿a cuál conocimiento nos abocamos?, ¿para cuál noción de vida? Tener la conciencia de que la forma como percibimos hoy el mundo está determinada por la modernidad capitalista resulta un gran primer paso. Por eso también hay que preguntarse: ¿de qué conocimiento estamos hablando en las ciencias sociales?, ¿qué es lo que reproducimos?, ¿qué es lo que innovamos? Entre los elementos importantes para la producción de conocimiento para la vida, está el reconocimiento del otro y de la otra. Aumentar la capacidad de diálogo, de comunicar, pero no de manera unilateral. El papel del medio de difusión, en lo que tiene que ver con el despertar de la conciencia, va más allá de la lógica de los propios medios de comunicación. Una tarea para el Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología sería estudiar qué es lo que vamos a considerar ciencia, cómo construimos una praxis comunalizadora. Este sería el centro del asunto: ¿cómo concretar una educación dialogante y decolonial?

Estas preguntas nos retrotraen a un problema central del debate: si el rol de las ciencias sociales fue preparar (educar) de manera homogeneizante a la población para sumergirla en la lógica de la producción capitalista, nuestra noción de trabajo es, por ende, inmanente al capital. Una discusión que no emergió en el debate de manera explícita fue el análisis de las tecnologías como determinantes del trabajo, por un lado, y representantes del capital, por el otro; si bien es un ejercicio que quedó en el tintero, se incorporan algunas voces que trataron el tema.

En cualquier parte del mundo, las personas siempre han buscado superar cualquier obstáculo o problemática a través de una innovación tecnológica que implique un salto cuantitativo y cualitativo hacia un estadio de vida mejor al que se encontraban. Por tanto, para superar la coyuntura actual, podemos hacer eso: implementar innovaciones tecnológicas tales que permitan pensar y decidir las políticas públicas científicas y tecnológicas desde otras perspectivas para obtener mejores, diferentes y distintos resultados de lo que puede ofrecer la

normativa moderna capitalista. Entonces, en primer lugar, habría que preguntarse: ¿qué es la tecnología? En segundo lugar, sabiendo lo que es la tecnología, plantearse: ¿cómo las tecnologías transforman las subjetividades? En el caso nuestro, que aspiramos a la construcción de horizontes de sentido soberanos, revisar: ¿cuáles son las innovaciones tecnológicas que debemos crear?

Para acercarnos a lo que es la tecnología, en el contexto de esta síntesis, hay que considerar al menos tres aspectos constituyentes de esta. El primer aspecto es la base indispensable que hace posible cualquier forma de resolver una situación o problema, esto es, el principio ético de la vida. Por tanto, cualquier innovación tecnológica que considere conservar, producir o reproducir la vida, directa o indirectamente, es siempre estratégica porque debe tender a mantenerse al infinito. El segundo aspecto sería la factibilidad, la posibilidad de realización de la base estratégica, siendo esta la forma como se organizan las personas, los recursos y los materiales necesarios para resolver una situación o problema específico; es decir: el consenso necesario y suficiente para tener un orden coherente de las cosas (la política). La forma se constituye como la economía política, que debe ser consecuente con su base estratégica (la vida). El tercer aspecto es como se instrumentaliza la economía política ajustada estratégicamente; aquí la ciencia y la tecnología se configuran de acuerdo con el tipo de cultura que despliega una comunidad o población determinada y, en concordancia, se expresarán sus modalidades de trabajo.

En uno de los ensayos recibidos en el evento, se aborda este aspecto central en la vida del país, a partir de los siguientes presupuestos:

1. El modelo de Estado vigente está en crisis y su superación exige la participación del pueblo a través de sus prácticas ordenadas, autónomas, independientes y decoloniales.
2. El aporte de los trabajadores y las trabajadoras, en este nuevo modelo, es fundamental por estar insertas en la contradicción capital-trabajo y la satisfacción de las necesidades, especialmente con prácticas decoloniales, auténticas y superando la crítica de la misma realidad.

3. La autoformación colectiva, integral, continua y permanente (Acicp) es una de las más importantes prácticas decoloniales, incidiendo en varios ejes del poder colonial, principalmente sobre la base del conocimiento y gestión del proceso productivo, y el desarrollo de la ciencia y tecnología.

Y añade más adelante, aclarando la relación de la Acicp con el proceso social del trabajo:

La autoformación colectiva, integral, continua y permanente (Acicp) es considerada una cara de una misma moneda con la gestión directa y democrática del proceso social del trabajo (Gddpst); el mismo ejercicio de la Acicp es un ejemplo de Gddpst: este proceso es la organización y el desarrollo del proceso formativo de la clase trabajadora dirigida por los mismos trabajadores y las mismas trabajadoras.

En numerosas empresas del Estado venezolano, se están incorporando estas innovaciones pedagógicas de manera insurgente y revolucionaria, quizás poco difundidas aún, pero en el marco del V Congreso Venezolano de Ciencia, Tecnología e Innovación tuvieron presencia, a través de diversas participaciones. Veamos cómo se describe a la Acicp en uno de los textos compartidos:

La autoformación colectiva, integral, continua y permanente se presenta como un todo integrador de los procesos propios del proceso social de trabajo (conocimiento y naturaleza transformada), lo que permite un análisis integral de la realidad y proyectando los resultados más allá de la coyuntura. La Acicp apunta a la transformación estructural del sistema-modelo-mundo, impuesto por la clase dominante; esta transformación será posible a medida que la clase obrera toda asuma su rol histórico, rompiendo los esquemas tradicionales que fragmentan el conocimiento y cosifican al ser humano. No se trata únicamente de conocer y estudiar los procesos productivos o disminuir la dependencia de los grandes centros mundiales de producción, se trata de direccionar la producción hacia la satisfacción de las necesidades reales del pueblo.

En el mismo ensayo, se explica la articulación de este proceso educativo con la institucionalidad que ha emergido en Revolución, y permite visualizar posturas críticas al modelo industrial/capitalista desde la esencia del trabajo y la producción:

La Universidad Bolivariana de Trabajadores Jesús Rivero (Ubtjr), desde el año 2008, ha sido el espacio desde el cual se ha impulsado y profundizado la Acicp en diferentes cadenas productivas, teniendo como referente las cadenas productivas de hierro-acero, hidrocarburos y, más recientemente, la cadena de electricidad. En diferentes entidades de trabajo que conforman estas cadenas productivas, la clase obrera se organizó por medio de la universidad inicialmente, para conocer y estudiar su proceso productivo; sin embargo, no era consciente, en muchos casos, de los conocimientos que generaba desde esos espacios y sobre todo, no era consciente del rol histórico de la clase obrera como sujeto que impulsa la liberación de la clase dominada; en consecuencia, la Ubtjr se constituyó en una herramienta para organizar y, fundamentalmente, elevar la conciencia de la clase obrera. Pero los golpes certeros que la nación ha recibido de la burguesía imperialista, la cual está decidida a que Venezuela permanezca en su rol histórico de nación proveedora de materia prima a los grandes centros industriales del mundo, ha despertado en la clase obrera el espíritu de lucha, para, en principio, preservar el bien máspreciado como lo es la independencia nacional.

La experiencia de la autoformación colectiva, integral, continua y permanente en empresas clave del Estado venezolano deja entrever lo complejo y dinámico que es el proceso revolucionario en el país, en materia educativa. Cabe señalar que experiencias en pedagogías comunales y modalidades de formación para el trabajo colectivo en las comunas han emergido por todo el país, más como devenir de la realidad local que como política nacional establecida.

Uno de los ensayos relata una experiencia muy rica de educación popular liberadora en los Andes, y concluye con la siguiente afirmación:

Las ciencias comunales están construyéndose; estas encuentran en las comunidades de aprendizaje un espacio fundamental para su desarrollo. El objetivo de este tipo de espacios no es únicamente la acreditación de saberes, estamos ante la emergencia de un nuevo paradigma cognitivo que entiende que el saber yace en muchos otros lugares. Este tipo de propuestas debe servir de herramienta para la lucha contra la pobreza, contra la desigualdad y la discriminación de cualquier tipo; debe ser capaz de luchar contra el patriarcado, que se expresa muy bien en el academicismo burgués.

La formación práctica desde el propio espacio de trabajo resulta en una transformación tangible de la noción de trabajo basado en la explotación. En el debate, un participante recaló que, en una sociedad capitalista, es imposible el trabajo gozoso. Prosiguió así: “Chávez ha sido el único que ha planteado que la jornada laboral fuera de seis horas. Muchos se le voltearon, incluso los que estaban con él”. Allí se evidenció el grado de colonización de los estándares políticos de las ciencias sociales en la política y la muy marcada convicción del trabajo productivo y para la producción (aspecto esencialmente moderno); valga recordar que esta fue una de las primeras críticas que hicieron los conquistadores de las comunidades indígenas: su conformidad con el trabajo únicamente para satisfacer sus necesidades, por lo que los tildaron de perezosos y holgazanes.

“La educación liberadora de todo el pueblo debe ser un horizonte”, remarcó un panelista. Es necesario crear espacios comprometidos también con la emancipación de los oprimidos, de los empobrecidos, de los invisibilizados, como se ha asumido en todos los espacios de la revolución.

Para poder formar a este hombre, a esta mujer, tenemos que valernos de una pedagogía del *buen vivir*. Tenemos que deconstruir lo que han sido las ciencias hasta este momento; la ciencia nos ha impuesto una única manera de ver, de pensar y de actuar. Pero ¿cómo, desde nuestros espacios, logramos construir una mirada, una pedagogía del *buen vivir*, de la ternura, del amor del trabajo comunalizado, de la comunalidad, para sentir a la tierra como nuestro

pariente? En fin, ¿cómo construir una nueva cultura liberadora? En todas las disciplinas científicas, pudiéramos encontrar lo que llamamos *cultura*; esta última es precondition para la construcción del conocimiento científico. La ciencia debe estar al servicio de las capacidades creativas del pueblo, de potenciar los poderes creadores del pueblo. Para eso preguntamos: ¿qué es cultura?, ¿qué es una cultura educativa liberadora?, ¿cómo educamos culturalmente?

En los paneles, el debate acerca de qué entendemos por cultura y cómo deviene en diversas acepciones fue revelador. De manera reflexiva, una voz retomó la idea de que criticar la cultura moderna, sin pasar por la autocrítica cultural, es totalmente insuficiente para salir de los problemas históricos que hemos padecido como pueblo. La modernidad, como cultura capitalista, no solo genera enormes crisis planetarias, también —en el caso de Venezuela— genera dependencia político-económica y el desequilibrio inherente al histórico sistema rentístico petrolero. Esta cultura se encuentra de forma implícita en el inconsciente colectivo de la población. Una estrategia para empezar a trascenderla pasa por reconocer la dualidad inherente a la vida, el dualismo moderno capitalista eurooccidental y la base estratégica para cualquier horizonte de sentido posible, su forma de despliegue y las herramientas que se corresponden, ya no con la cultura moderna, sino con la cultura que queremos construir, distinta a la modernidad. “La generación de horizontes de sentido colectivos implica la revisión crítica de nuestras contradicciones culturales, tarea cotidiana para cada uno de nosotros” emergió como sugerencia en uno de los foros.

Por ejemplo, una participación destacó que estamos conscientes de que los sistemas educativos han estado, fundamentalmente, concebidos para la acumulación del capital y fomentar el fetichismo de la mercancía, fenómeno que transformó “voluntariamente” a cada persona y a sus comunidades en individuos egoístas, consumidores y ambiciosos, que aspiran mejorar sus condiciones de vida de forma individualista y egoísta como criterios de verdad: esa condición que la economía neoclásica le dio por llamar el *Homo economicus*. Esta situación cultural, dentro de un contexto de crisis económica y el efecto de la pandemia, va amenazando día a día,

algunos de los logros de estas dos décadas de transformación cultural e identitaria en el país.

Este sentimiento manifiesto, desde la preocupación de retroceder con relación a logros alcanzados en revolución, reverberó con la discusión de la industria cultural y sus manifestaciones más recientes. Una panelista esgrimió que la cultura moderna genera su propia tecnología, como son las prácticas monopólicas y oligopólicas que buscan concentrar, cada vez más, los capitales y recursos nacionales en los centros tecnológicos financieros, especializados en subordinar política y económicamente a los países pobres y periféricos de dichos centros. Un ejemplo de esto son las prácticas corporativas que emplean Google, Amazon, Facebook, Apple y Netflix, donde concentran no solo el capital, sino los contenidos culturales modernos, apropiándose de las formas tecnológicas de presentar y vender la cultura como mercancía, incapacitando, prácticamente, sobre todo en tiempos de pandemia, a los creadores culturales de presentar y vender sus obras fuera de estas plataformas tecnológicas. Incluso censuran los contenidos que nos les convienen como corporación, además de cobrar porcentajes por las obras y contenidos de todo tipo, y establecer precios arbitrariamente, sin consultar o considerar algún derecho de los creadores. Este imperialismo digital es tan violento y despótico, como el imperialismo tradicional del mundo real.

Retos para la transformación cultural

Actualmente, son bien conocidas las diversas crisis que confronta la humanidad: la energética, la económica, la del agua, la alimentaria, la de institucionalidad política, la inestabilidad social (protestas, revueltas y migraciones), la ambiental planetaria. Cada año aparecen nuevas crisis, incrementándose las ya mediatizadas, lo que, desde una racionalidad colectiva nos debería a invitar a identificar, urgentemente, cuáles son sus orígenes, interrelaciones o puntos de partida, con el fin de empezar a solucionarlas estratégicamente como humanidad. Sin embargo, no se ven muchas iniciativas estratégicas, sino, más bien, reclamos, propuestas y denuncias fragmentadas y parciales de una u otra crisis particular,

dependiendo de los más o menos afectados, contraposiciones de intereses, y un poco más. Si buscamos de donde surgen todas estas crisis, nos percatamos de que no es una crisis de la vida en sí, sino que emergen de algo que está poniendo en crisis a la vida misma y, por tanto, a sus formas de vivirla, de experimentarla, ya sea como humanos o como otros seres de la naturaleza. La crisis tampoco pareciera ser de la lógica y racionalidad moderna, porque cada vez que se protesta por cualquier tipo de evento, los activistas —muchos de ellos críticos al sistema—, generalmente, exigen y solicitan reivindicaciones, medidas y soluciones dentro de esa misma lógica moderna, y no desde otros modelos civilizatorios alternativos posibles. Esta situación nos devela qué es lo que está realmente en crisis, y es el eje central de todas las crisis actuales, siendo un elemento que no es directamente observable, pero se despliega y reproduce día a día. Este elemento es el tipo de cultura y educación específicas que determina el orden civilizatorio de la modernidad capitalista eurooccidental en el planeta: las crisis del capitalismo no pueden solucionarse con más capitalismo. La cultura y la educación modernas, como coproductos del capitalismo, están poniendo en jaque a la vida en el planeta. Esta *anticultura* y esta *antieducación* se despliegan a través de sus propios mecanismos de obtener la máxima ganancia. Tales mecanismos cuentan con la economía, como *organizadora* de los recursos, para que las innovaciones científicas y tecnológicas estén dedicadas al *desarrollo* y al crecimiento infinito del capital por medio de la explotación del ser humano y de la naturaleza.

Este profundo y complejo escenario implica que la realidad de Venezuela no se acaba en sus fronteras; un complejo mapa geopolítico mundial y una imbricada red de aspectos demográficos, ambientales, alimentarios y económicos modulan o determinan muchas de las aspiraciones que tenemos como país, en momentos cuando nos hemos planteado vivir a contrapelo del imperialismo.

En esta búsqueda de horizontes de sentido, desde la filosofía del conocimiento discutida en esta área temática, se recaló que hay que hacer el tránsito hacia una comunidad de vida, como lo plantean Juan José Bautista y Enrique Dussel, quienes insisten en una

conciencia comunitaria. Para ello, se concibe que la transformación del sistema educativo y cultural debe ocurrir desde nuevas rutas existenciales. Estamos en el debate entre la vida y la muerte, hay que recuperar la capacidad de crear de nuestra imaginación.

“Deberíamos hacer ese tránsito de la conciencia social a la autoconciencia comunitaria”, como se mencionó. Toda institucionalidad que quiera impulsar el proyecto chavista debería incorporar la máxima de “comuna o nada”, pero no para quedarse en la nada. Allí, surge la pregunta: ¿cuánto hemos podido avanzar en ese sentido? Un buen inicio es impulsar las comunidades de aprendizaje que se desarrollan en algunas universidades y comunidades, que se describieron anteriormente. Por lo tanto, las instituciones podrían construir la multiversidad de conocimientos (como contraoferta a la universidad moderna). “Estos son desafíos muy grandes, aunque todos podemos contribuir para superarlos”, afirmaron en el congreso, en concordancia con la colectividad como palanca para la transformación necesaria.

Con la educación capitalista, como dispositivo para la dominación, no solo nos quitaron la posibilidad de desarrollar nuestra capacidad manual, también la capacidad de reflexionar y compartir con lo diverso, incluso aceptar al otro desde su propio pensamiento. El espíritu de la comuna es una cierta subjetividad, que no es la subjetividad no comunitaria. La sociedad es un proyecto de la burguesía que nace con el dominio de Abya Yala (tierra en plena madurez o tierra de sangre vital); antes del siglo XVII nadie hablaba de sociedad, pero esta noción se instala en el siglo XIX como el modelo de clase dominante. La sociedad tiene una conciencia social, que es la conciencia de la burguesía. Añadieron en el debate: “Chávez cuando habla del espíritu de la comuna, nos invita a reflexionar sobre cuál sería la conciencia de la comuna”. No es la conciencia social, porque la conciencia social es la conciencia burguesa. Entonces, se debe retomar la conciencia comunitaria, que es la conciencia originaria, que es de donde venimos los seres humanos, porque los seres humanos somos comunitarios.

Trascender la noción de naturaleza *inferiorizada* y cosificada propia del modelo moderno/capitalista es un imperativo epocal;

valga destacar que el sistema educativo capitalista identifica a la naturaleza con términos como *recursos naturales*, *materias primas*, *minerales* e *hidrocarburos*, *servicios ecosistémicos*, por mencionar los eufemismos más frecuentemente utilizados para referirse a la naturaleza. Igualmente, debemos intentar asumir la naturaleza como madre tierra, como Pachamama, con carácter sacro, de la cual formamos parte indivisible. Es entender a la Tierra como madre y que sea sujeto de derecho, y no objeto de derecho, tal como se planteó en los paneles de debate. Poco sensato sería propiciar sistemas educativos y culturales que propendan a comunidades soberanas e independientes, en detrimento de la trama de la vida que los constituye y reproduce: una trampa de la que deben estar atentos los modelos progresistas y socialistas.

Para ello, tenemos que deconstruir lo que han sido las ciencias hasta este momento. La ciencia nos ha impuesto una única manera de ver, concebir y actuar: en especial, con relación a la naturaleza. El modelo cartesiano de la ciencia no solo hace del tejido de la vida —y nuestro sustento— objetos inertes, consumibles y destruibles; nos coloca —desde su racionalidad— en una condición de superioridad ficticia de la cual somos ahora víctimas de forma masiva. “A pesar de que las situaciones cotidianas en que vivimos son cada vez más difíciles, requerimos ver la vida de otra manera”, consideró una voz del congreso. Por ello, no es exagerado afirmar que hemos entrado en un cambio de época.

De esta manera, nuestra revolución debe ser un centro de análisis y estudio permanente de nuestras realidades políticas, económicas y ambientales; con la tarea de proponer acciones tendientes a evidenciar las consecuencias de ese modelo económico capitalista y sugerir alternativas que nos permitan consolidar un modelo profundamente respetuoso del ambiente, socialmente digno y económicamente viable. Como se reiteró en el congreso, debe considerarse nuestra realidad histórica, nuestros saberes y nuestras costumbres ancestrales, pues resultan fundamentales. Solo si nos ponemos en el rol que nos corresponde desde la perspectiva del entendimiento de lo que el ambiente significa y de la correlación vital que tenemos con él, lograremos consolidar una propuesta de desarrollo que se enfrente

a ese capitalismo globalizador que pretende hacerse no solo de las riquezas económicas del planeta, sino de los espacios naturales y, con ello, de la biodiversidad y los conocimientos ancestrales de los habitantes originarios de Abya Yala.

Dentro del proceso bolivariano, como pueblo, hemos hecho unos ingentes esfuerzos por cambiar la institucionalidad. Construir una institucionalidad fundamentada en las personas, en la vida, y no en la economía del capital. Recuperar la institucionalidad pasa por estudiarla, investigarla y dilucidar plenamente cuáles son nuestros fines. Tendríamos que empezar preguntándonos: ¿qué entendemos por *desarrollo*? Si es el desarrollo del Norte, no es factible para la vida. Desde lo local, de lo nacional, desde lo regional, establecer nuestros propios parámetros, indicadores, criterios y metas, por ahí se vislumbran nuevos horizontes.

El debate debe ser profundamente democrático e inclusivo, paciente y respetuoso. Este aspecto se destaca, con una llamada de atención, en el texto de un ensayo:

En Venezuela, se está viviendo un proceso rico en lucha creativa, para dejar de ser dependientes, no solo económicamente, sino en lo cultural; pero, en muchos casos, se asumen categorías sin el respectivo debate, de manera lineal, acrítica y repetitiva, así como el uso de modismos lingüísticos venidos, incluso, de otros países suramericanos y/o caribeños, que han generado sus propias categorías, desde sus respectivas cosmogonías, pero que se asumen, en Venezuela, a veces, sin discusión política-ética-epistémica. Un caso específico es el uso de categorías analíticas de la región andinoamazónica, sin debate de lo propio venezolano. Otro aspecto general que encontramos en el país, en universidades, instituciones gubernamentales, en los medios de comunicación públicos es que, en ocasiones, cuando se realizan críticas a conceptos o prácticas, ocurre una desviación que ha hecho mucho daño a nuestro proceso revolucionario, al no permitir la crítica y no dar el debate transparente, anulando desde la afirmación dogmática, lineal y sin estudio, de que “Chávez ya lo dejó delineado

en el Plan de la Patria” o que el presidente Maduro “ya lo dijo”. Situaciones que, en las instancias de decisores o una academia, no debe continuar dándose, en el contexto de nuestra transición al socialismo bolivariano.

Políticas

Las voces del debate expresaron en colectivo que el proceso político en Venezuela, en su conjunto, ha significado un período completo de ensayo de políticas públicas para fijar una postura, no solo de resistencia, sino de superación de las tendencias político-económicas del período neoliberal. “Es la razón por la cual hemos sido permanentemente atacados, no solo ahora, sino desde el inicio de la Revolución Bolivariana”, sentenció un participante. El propio proceso constituyente significó una apuesta de políticas públicas de la presentación al país y al mundo de ese proceso que significaba construir un modelo de sociedad, justamente para dialogar, para fijar posición frente al esquema hegemónico.

Políticas en educación para el trabajo gratificante

Es menester hacer del proceso educativo un hecho profundamente revolucionario y transformador. El Estado debe revisar la influencia de las ciencias sociales, la economía y las “recomendaciones” de instancias multilaterales en la conformación de las ciencias pedagógicas, como banda transportadora cultural de la cosmovisión dominante hacia las nuevas generaciones. Este proceso implica desnudar no solo desde el conocimiento científico, sino desde los saberes ancestrales y populares, los profundos y devastadores daños que el capitalismo le ha infligido a la humanidad, en la concepción misma de lo que es nuestra presencia en el planeta y nuestro rol como parte integrante de un ecosistema global.

Nadie puede negar los avances de Venezuela en la construcción de políticas públicas desde el punto de vista educativo. El gran reto es consolidar una verdadera revolución educativa y cultural. Ello implica una profunda transformación desde el concepto mismo de cómo formamos en todos los niveles educativos y culturales. Los procesos de decolonización del saber y del poder deben estar adecuados a la patria que soñamos, deben romper necesariamente con esos esquemas neocolonizadores que se reproducen en los

diferentes entes del Estado. Este proceso se constituye como una herramienta indispensable para profundizar y afianzar los cambios que nuestra patria demanda. Así podremos garantizar que nuestras generaciones de venezolanas y venezolanos que se educan y culturizan no solo posean sólidos conocimientos científicos y técnicos, sino que, por sobre todo, sean seres con profundos valores ético-críticos con basamentos ideológicos y políticos que posibiliten actuar siempre en defensa de los intereses nacionales.

De manera análoga, diversas voces invitan a divulgar, estudiar y escalar las iniciativas pedagógicas emancipadoras e innovadoras que están emergiendo en las comunas y universidades. Estas experiencias, como casos de estudio tangibles y evaluables, deben ser consideradas como alternativas válidas para propiciar estrategias de aprendizaje para el trabajo, como parte del proceso social del trabajo, transformando el trabajo capitalista en formas nuevas de concebirlo y reinventarlo como proceso creativo y gratificante.

Un ejemplo de estas iniciativas pedagógicas es descrito en una de las contribuciones al evento:

La Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez viene desarrollando una tarea en este sentido, al promover el reconocimiento de los aprendizajes por la experiencia y la acreditación de saberes a una gran cantidad de participantes indígenas a través de programas no conducentes a grado, como cursos, talleres, seminarios y diplomados; así como también a través del programa de acreditación de estudios abiertos donde pueden optar a títulos de licenciados e ingenieros en Desarrollo Endógeno o Pedagogía Alternativa, en subáreas vinculadas al tema indígena a nivel de pregrado, y especialistas, magísteres o doctores en Pedagogía Crítica, Ecología del Desarrollo, Creación Intelectual Vinculada al Tema Indígena. Impulsar y promover la difusión de sus trabajos de investigación es un aporte a la visibilización de sus identidades, sus culturas, su producción de conocimientos y construcción de epistemes anticoloniales en este siglo XXI.

Políticas para la investigación transformadora

Como se destacó en las dimensiones previas, ha existido una fuerte imbricación entre las ciencias sociales —profundamente positivistas y deterministas, a favor de la acumulación del capital— y las ciencias pedagógicas, institucionalizadas en los sistemas educativos estatales. La transformación revolucionaria de la pedagogía necesaria implica, por tanto, la reconsideración de las metódicas de la investigación dominante. Con relación a esta problemática, un aporte al congreso sugiere:

a) Todo problema de investigación debe surgir de problemas concretos, de situaciones prácticas. Esto refiere que, en nuestro caso venezolano, debemos dar respuesta a vacíos, tensiones, contradicciones y/o demandas políticas, históricas, institucionales. Al respecto, Zemelman, *grosso modo*, hace un excelente análisis que destaca la urgencia de que las investigaciones emerjan desde la problematización de la realidad, no de verdades, sino de problemas de lo concreto; no de conceptos y prejuicios, sino de aquello que no se conoce, de lo que está oculto y su esencia, para producir conocimientos en función de la superación de las contradicciones que hacen historia.

Apoyándonos en la crítica que hace Marx, en sus 11 tesis filosóficas, afirmamos que, desde las instituciones del Estado y, en particular, en las instituciones universitarias bolivarianas, no debemos investigar desde la idea, pues, por muy creativa que sea esta, se queda en lo superficial: no devela la explotación, opresión, colonialismo, ni sus relaciones con toda realidad concreta y, además, no da respuesta práctica a ninguna necesidad de la patria, sus instituciones o a las demandas comunitarias o laborales. Se deben develar las contradicciones, problematizar nuestras prácticas y teorías asociadas, para identificar los nudos críticos en el marco del capitalismo y del imperialismo.

b) Pensar desde lo propio, como lo decía permanentemente el comandante Hugo Chávez, desde el año 2000, en concordancia con Vega (2015), al hacer el mismo llamado

de integrar lo mejor del pensamiento emancipatorio universal con el legado de nuestros grandes pensadores. Ello, privilegiando autores que asumen posiciones ontoepistémicas contrarias a la lógica positivista y del capital o, como dice Fernández, citado por Vega, retomar “la tarea de los intelectuales latinoamericanos y caribeños: no puede ser repetir miméticamente lo que, una y otra vez, Occidente nos propone como verdades”.

c) Vincular e investigar la realidad y los objetos de estudio, en relaciones con el mundo de la geopolítica desde un enfoque geoestratégico, multipolar y antihegemónico intencionado.

d) El carácter de la investigación debe ser praxiológico; por tanto, propositivo y transformador, según la tesis 11 de Marx. No basta con filosofar, necesario es la transformación; por ello, las investigaciones en un círculo dialéctico parten de la práctica y regresan a la práctica, con lo nuevo emancipador. Siguiendo a Marx, hay dos premisas políticas-epistémicas: solo desde la práctica es desde donde se puede encontrar la verdad y somos los sujetos sociales, quienes cambiamos las circunstancias.

e) “No se conoce por conocer, sino con una finalidad política expresa de carácter emancipatorio” (Vega, *op. cit.*). La patria venezolana, en este contexto de agresión, con un cinturón imperialista apretando al pueblo y a su Gobierno, asfixiándonos, requiere investigaciones que den respuesta a sus necesidades; la opción no es repetir esquemas tradicionales, sino buscar vías emancipatorias para la construcción de la transición al socialismo. Allí, lo praxiológico, nuevamente.

Estas propuestas para la modificación de las políticas de investigación, deben ser consideradas por las instituciones de investigación y universidades del Estado y, con especial énfasis, deben ser analizadas por el ente rector en ciencia y tecnología, para la construcción de una nueva praxis científica en el país.

En uno de los ensayos sugieren, desde la experiencia territorial, el fomento del trabajo en red, como estrategia positiva para la generación de conocimientos desde la complejidad y la integración de perspectivas diversas:

La colaboración científica en redes de investigadores se distingue por el contacto e intercambio directo entre investigadores, instituciones y países; el surgimiento y fortalecimiento de relaciones profesionales que facilitan la retroalimentación a las publicaciones, el trabajo en proyectos y el flujo de información científica.

Políticas para la cultura

Habría que diseñar políticas públicas con incidencia en cultura que fortalezcan, enriquezcan y protejan la identidad nacional venezolana. También, se requiere generar contenidos culturales transformadores, como atributos que vigoricen y resguarden la identidad nacional integrada a la producción y reproducción del vivir viviendo. Se debe estudiar y analizar, a lo largo del sistema educativo, la influencia de la modernidad, su historicidad y la concepción capitalista de la vida, incorporada a la vida nacional durante la Colonia y el período republicano. Esta política cultural debe acompañarse de un realce de la naturaleza —como gran sistema de vida— y de las culturas venezolanas —sus costumbres, cosmovisiones, valores y ética, medios para la satisfacción de necesidades—, y contribuir de forma integrada con el rescate de la memoria histórica de lo que hemos sido, a favor de lo que somos y podemos ser. El sistema de valores, la ética y las creencias son esenciales en la batalla ideológica para la producción de conocimientos culturales venezolanos; esto pasa por concebir la cultura como una forma de lucha, de idiosincrasia y de resistencia indígena, multiétnica, para la superación de la cultura moderna/capitalista. Es una labor de rescate de las buenas y más positivas costumbres, patrimonio y valores para ampliar la conciencia, la soberanía, el consenso, la integración, la democracia revolucionaria, la emancipación y la liberación. Generar políticas para la configuración de un sistema comunitario para el vivir viviendo.

En el debate, se planteó la necesidad de conformar una instancia nacional de altos intereses, donde el Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología sea parte fundamental con un carácter plural, vinculado a la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, ya que está en juego la soberanía del país, en el marco de una aceleración

e innovación tecnológica inusitada, por medio de las redes sociales virtuales. Por ejemplo, ¿cómo se hará frente al metaverso? La digitalización va a ser mucho más poderosa y alienante, dado el desarrollo científico y tecnológico comunicacional con el que cuenta. Necesitamos que “nuestras” ciencias se conviertan en un mecanismo de encuentro de diálogo, de trabajo compartido, de amor por el país, para poder garantizar la verdadera soberanía nacional.

Cabe señalar que una de las voces considera que el reto no está en generar nuevas políticas públicas, sino que debemos ceñirnos a los planes de gobierno y estamento legal vigente, que aún no hemos desarrollado a plenitud. En este sentido, se planteó que el Plan de la Patria, es el mapa que nos guía para lo que tenemos señalado en la Constitución como Estado, como República. Es una construcción en la que están enmarcados los objetivos y las políticas que aspiramos; no podemos salirnos de los objetivos del Plan de la Patria. El Plan de la Patria es una ruta que nos traza un norte de transformación radical de la sociedad venezolana; es un complemento a todas las definiciones estratégicas de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela y debe ser una herramienta. Nuestra tarea pendiente es eso que Chávez decía: ¿qué hay de socialismo en esta política? ¿Qué hay de transformación política radical en esta política?; esas preguntas hoy deben alimentarnos en la defensa del Plan de la Patria y teniéndolas como norte para la mayor suma de felicidad para la población venezolana.

Acciones

Tenemos que **construir un nuevo paradigma desde las políticas públicas, desde la propia familia, la comunidad, las comunas**, desde todos los espacios y sectores. La educación no se puede reducir al ámbito de la educación pública; la educación es un asunto de Estado.

Para la superación de la visión escolarizada de la educación, **el Estado venezolano debe recurrir permanentemente a esa consulta con el pueblo organizado**, como fuente primaria en los asuntos de gran trascendencia e importancia, como lo es la educación, la cultura y el trabajo; el pueblo no puede estar de espaldas a cualquier acción transformadora que se plantee fomentar, impulsar; debe pasar necesariamente por convocar a la consulta, al diálogo franco, fértil con el pueblo, estando abiertos a escuchar cuáles son sus ideas, sus necesidades, los cuestionamientos, para hacer balances y reconocimientos, para valorar los logros y las estrategias que debemos implementar. Nuestro pueblo ha sabido resistir no solo las agresiones, sino también la propia pandemia; porque es un pueblo creativo, un pueblo innovador, un pueblo creador. Es menester reconocer los avances que la ciencia aporta en su relacionamiento con la producción autóctona, gracias a las políticas impulsadas por el Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología.

Es trascendente lo que hemos transitado durante la pandemia, para abordar, con una visión integradora, la realidad nacional. Un elemento indispensable, para comprender y poder hacer propuestas específicas en función de esta transformación educativa, es **superar la visión escolarizada del problema educativo**. A raíz de las experiencias de Cada Familia una Escuela y la Universidad en Casa, en estos tiempos, se ha constatado que la educación es algo más que la escuela, que abarca más que el sistema educativo y, por lo tanto, implica un esfuerzo cultural colectivo para su más amplio desenvolvimiento.

Hay que **hacer de las ciencias un eje central de nuestro desarrollo humano** orientado a las necesidades que emanan de los territorios. La invención popular frente a las dificultades, como opción para la solución de problemas, es un elemento clave para la educación y la cultura en los próximos años.

Se requiere una mejor comunicación del esfuerzo científico-tecnológico para constituirse en ejemplo de realización para las niñas, los niños y los jóvenes. Esto porque tenemos que construir referentes concretos para esta generación y que esta pueda participar en la construcción de conocimientos y en la participación de la tecnología nacional.

Para la educación digital en Venezuela, hemos venido haciendo un esfuerzo bastante grande y es posible que venga con muchísima más fuerza en 2022. Las instituciones vienen ejerciendo acciones para asegurar el acceso a las plataformas digitales educativas. Pero ¿qué es la educación digital? ¿Es solo el uso de la tecnología? ¿Cómo está manejada? ¿Quiénes la producen? ¿Cuál es el sentido de dominación que está detrás de la tecnología? Es evidente que hay una desigualdad enorme en el país respecto a la dotación de la tecnología. Así lo hemos visto con la pandemia entre la educación privada y la pública, donde la educación privada está prácticamente realizando actividades educativas en una computadora todo el día, mientras en las escuelas públicas, se han limitado, muchas veces, al uso restringido de un celular con conexión. **Hay que discutir lo que significa el pensamiento y la soberanía respecto a la educación digital.**

La educación digital no puede ser enfocada hacia un reduccionismo que nos establezca que el problema es el artefacto, sino de cómo construimos y divulgamos nuestros propios conocimientos. Desde el principio de la pandemia, se demostró que el enfoque educativo era multimodal. Hay que **buscar en nuestras verdaderas redes sociales, que son nuestras comunidades, y divulgar los caminos para usar la tecnología** y seguir avanzando.

En el año y medio de pandemia de covid-19, surgió la educación lugarizada desde el común, donde los maestros y las maestras pasaron del uso discrecional de una herramienta tecnológica al

dominio de una diversidad sincrética, desde el punto de vista de los medios que utilizaron para resistir en la educación y proponer, desde lo comunitario, una soberanía cognitiva. **La soberanía debe ejercerse en el común, en la comunidad local, en el territorio.** “El maestro en casa fue para nosotros una acción importante dentro del territorio, porque comprendimos que la escuela debe desescolarizarse por la vía sociocultural”. Esta experiencia se mencionó en el debate, como alternativa para desarrollar una pedagogía de la práctica, del conocimiento para vivir bien.

Desde el inicio de la Revolución Bolivariana, el Gobierno, en representación del Estado, ha diseñado políticas para orientar tanto la educación como la cultura, a los fines de su contribución a las transformaciones propuestas y en marcha. Es necesario no perder de vista nuestra condición histórica de país dependiente y colonizado, donde **la colonialidad cognoscitiva y la cultura instrumentalizada no han podido ni siquiera debilitarse por múltiples razones**; muchas de ellas debido a carencias de conciencia revolucionaria de quienes han detentado el poder en distintos niveles del Estado. En este sentido, **se insta a la formación continua, de carácter ideológico y doctrinal, de las trabajadoras y los trabajadores en cargos de alta responsabilidad** del Estado.

Se propone que los ministerios del Poder Popular para la Educación Universitaria y para la Cultura **diseñen y ejecuten políticas coordinadas y dirigidas a disminuir la colonialidad cognoscitiva y cultural del pueblo venezolano.** Habría que avanzar hacia una comprometida política de formación de docentes para todos los niveles del sistema escolar, especialmente para la educación inicial y primaria dirigida, en primer lugar, al rescate de la memoria histórica y la formación política y ética, como herramientas para el reforzamiento de los valores de la venezolanidad. Una política dirigida a erradicar la *educación bancaria*, fundamentada en el diálogo como base del proceso de aprendizaje, donde no se establezcan relaciones autoritarias, ni jerárquicas entre maestros y estudiantes, sino una relación de solidaridad, de respeto mutuo y de reconocimiento de las diferencias, donde, la interacción humana, se admire como interacción cultural basada en

el reconocimiento de las diferencias, como base de la participación protagónica. Relación en la cual las partes se aceptan como sujetos de transformación y no de adaptación, donde el conocimiento no se asuma de forma instrumental.

Se debe fomentar, en todos los planes de estudio y en todos los niveles del sistema escolar, hasta la educación avanzada y el posgrado, **la formación integral, con el fin de acabar con la lógica disciplinar que fragmenta, escinde y aísla aquello que está interrelacionado, y cuya comprensión no se logra sino con un trabajo transdisciplinario.** Diseñar y ejecutar permanentemente, a través del sistema educativo, programas diversos, dirigidos a crear conciencia de patria, a tomar aprecio por lo nuestro y por la latinoamericanidad. Para el diseño y ejecución de estas políticas educativas culturales habría que involucrar a la comunidad, al pueblo, que se ponga verdaderamente en práctica la democracia participativa y protagónica; aspecto con el que coinciden numerosas intervenciones realizadas en los debates de esta área temática. De manera análoga, **se requiere fomentar una cultura alimentaria**, a través de la valoración de la despensa agroecológica local y las tradiciones culinarias, a partir del entendido que la alimentación es un hecho cultural.

Es necesaria la construcción de un nuevo lenguaje que nos vincule con la historia, nos dé una idea de la historia, del momento que vivimos y nos plantee, incluso, cuales alternativas se presentan ante nosotros en esta encrucijada cultural. No se trata de romper el idioma; decolonizar el lenguaje pasa por construir un relato con nuevas categorías, traer al pueblo, traer la historia, al pensamiento de los libertadores y de nuestros ancestros e incorporarlos al presente con una visión de futuro, tal como lo hizo el comandante Chávez. La tarea cultural fundamental es una nueva relación con nuestra habla, con la forma como nos comunicamos, en que nos comprendemos; es decir: **que el lenguaje sea un punto de encuentro para compartir, y no para dividir.** Que el lenguaje no sea para hacernos ciudadanos aislados, sino para hacernos ciudadanos participativos, **miembros de una comunidad.** El lenguaje es lo que es común a nosotros: nos vincula, nos vehicula y

nos hace sentir bien desde adentro y en el entorno donde vivimos. Tanto las instituciones públicas como en la acción social directa, política, debe haber una pedagogía para construir, para elaborar nuevas formas, para repensar el lenguaje de la dominación y para producir una transformación en la forma en que nos comunicamos tanto en los medios como en la vida cotidiana.

Estamos confrontando un escenario de alta complejidad, donde **es imperativo dar la batalla cultural, educativa, comunicacional y profundamente ideológica**, ante el uso y el abuso de los centros de poder, de sus aparatos ideológicos alienantes. La industria mediática cultural, desde hace mucho tiempo, ha invadido todos los espacios del quehacer humano donde nos movemos, y los académicos y los científicos no escapan a ello, incluso en algunas tendencias, se encuentran al servicio de los intereses del capital.

El problema de las nuevas formas de pensar es transformar las formas de actuar. La inspiración se hace en el territorio, se hace construyendo, pasa por reformular y permitir la crítica de otras formas de relacionamientos. Aunque hay un avance en la creación de nuevos contenidos orientados a modificar el pensamiento, uno de los grandes problemas de los últimos 20 años es que no hemos trabajado para estructurar el nuevo sujeto educativo. La transformación de las subjetividades docentes son fundamentales; o revertimos esto —frente al agotamiento del capitalismo, que requiere formas de resistencia para, contrahegemonicamente, actuar y crear nuevas hegemonías—, o las posibilidades de transformación se hacen difíciles. **La transformación por la vía decolonial supone prácticas decoloniales.**

El pensamiento eurocéntrico no tiene solamente influencia marcada en las ciencias sociales, lo tiene en toda la ciencia, porque nuestra concepción de la ciencia es aquella que aprendimos y practicamos desde los inicios de la escuela primaria, aquella que aún se sigue enseñando. **Es fundamental la creación de otros modos para el hacer científico;** no admitir las ciencias como algo verdadero y absoluto, sino que existen diversas formas de conocimientos, y debemos optar por aquellos que permiten conservar y reproducir la vida.

Un aspecto central es identificar las categorías históricas de nuestro propio proceso político, de nuestra propia producción intelectual, vinculado a los procesos de decolonización. **Reconocer y propiciar la tradición existente en pedagogías populares comprometidas con la emancipación.** A Simón Rodríguez tenemos que leerlo completo. Iniciar un proceso de investigación profunda para reconocer las infancias y las juventudes del país, para poder acercarnos; por cuanto muchas cosas que estamos haciendo se hacen sin comprender la multiplicidad de contradicciones y sin enfocarnos en las verdaderas necesidades y en los satisfactores de esas necesidades, las cuales son perspectivas indispensables para cualquier acción propositiva de construcción, con los jóvenes, con las niñas y los niños y las maestras y los maestros, de alternativas que nos permitan transformar y concretar el proyecto revolucionario.

Desde los cargos de dirección tecno-política, no se ha sabido **articular acciones que coloquen a la comuna como unidad cultural, económica, política y educativa.** El sistema escolar y su organización conciben a los educadores como un asunto administrativo, y no como un tema de comprensión socioeducativa. Entonces, ¿cómo construimos una praxis comunalizadora? Este sería el centro del asunto: ¿cómo concretar una educación dialogante? ¿Cómo convertir la educación en una práctica concreta de transformación?

Una de las acciones fundamentales, en este momento histórico, **es el reimpulso al debate ideológico que le da sustrato y soporte a la Revolución Bolivariana,** en el orden filosófico, histórico, jurídico, político y cultural, para identificar en qué momento histórico de la revolución estamos. Esto supone **evaluar el saldo organizativo en el proceso de la comunalización** de los espacios. Es momento de profundizar este debate acerca de cómo estamos viviendo y de hacia dónde deben orientarse los esfuerzos, de acuerdo con el golpe de timón planteado por Chávez.

Las comunas son el poder alternativo al sistema representativo en Venezuela y es el paradigma que tiene la Revolución Bolivariana. Marchamos hacia un Estado comunal o un Estado social de derecho y de justicia comunal, que esté vinculado a formas distintas

del poder territorial, del poder político. Hay que **reorganizar el poder en su composición**. Hay que crear los nexos que, de algún modo, estructuren el enfoque sociocultural y político para la comunalización de la vida.

La comuna es una oportunidad para la educación, para superar la educación encapsulada. Uno de los factores que más afecta la transformación, es la estructura del sistema educativo, el ambiente físico, del profesor adelante y los estudiantes detrás, el aula y la escuela entre muros. **La comuna es el espacio ideal para la democratización de la educación**, del aprendizaje y de la investigación, de la construcción de conocimientos. Hasta ahora, la investigación es el privilegio de pocos; no obstante, desde que nacemos estamos investigando. No se trata de que el sistema educativo vaya a la comunidad, sino de construir ese espacio educativo desde la comunidad y dentro de ella. Los integrantes de las comunidades están más adelantados en este sentido, vienen demostrando que otro mundo es posible, no desde la academia, sino desde la misma práctica; se requiere asumir eso a través de las universidades. Allí podría estar la tan anhelada transformación universitaria.

Solo el camino de **la democracia comunal, que construye un nuevo poder frente al poder existente**, va instituyendo el nuevo poder y nos posibilita imaginar un futuro de vida. Se trata de construir una comunidad, verdaderamente humana y auténticamente participativa, y solo se puede construir trascendiendo este sistema vertical que tenemos y construyendo un nuevo poder para transitar a una cultura no capitalista, a una cultura otra, nuestra. La idea fundamental que atraviesa el pensamiento de Chávez, y que nos lo deja como un saber histórico, es su relectura de Simón Rodríguez, es la idea de la toparquía, la voluntad común ejercida sobre el territorio, de la educación lugarizada, sobre la realidad que permita construir un nuevo modelo de vida.

Comentario final

La temática de este congreso representó una ruptura con la concepción tradicional de los congresos de ciencia y tecnología en el país. El espíritu reflexivo y el debate, como instrumentos para el análisis y la construcción de políticas públicas y acciones, fueron constitutivos de todos los espacios del evento. Asimismo, se pudo ver la conexión entre la educación, la cultura, la vida, el trabajo y la naturaleza en los debates y algunos ensayos enviados al congreso. Las reflexiones fueron profundas, dirigidas a la transformación del sistema educativo. Un compromiso que se identificó como el tema clave para superar la modernidad y para preservar la vida en el planeta.

Cabe señalar que, en el congreso, también se registraron planteamientos fuera de la visión decolonial. Algunos participantes parecieran concebir el funcionamiento de la educación en el marco de la racionalidad moderna, ya que manifestaron la necesidad de transformar el currículo en todos los niveles e incorporar más tecnología para educar eficientemente. Una concepción crítica posmoderna, que mantiene la misma lógica sujeto-objeto, donde el Estado rector, a través del sistema educativo, debe imponer una visión del mundo uniformizada, aunque esta sea hacia el socialismo.

Otro aspecto que hay que alertar, como reflexión del congreso, es el tema de la naturalización de lo que se ha convenido en llamar *desarrollo*, ya que hay varios autores y panelistas que se refirieron al desarrollo como un horizonte para el avance del país, ignorando que este discurso o creencia, históricamente ha respondido más a los intereses de los países industrializados del mundo, y nunca al beneficio de los países periféricos, como lo es la República Bolivariana de Venezuela.

Los aspectos anteriores son difíciles de percibir, si no los conocemos de antemano; por eso se hace imprescindible el debate e impulso de los temas críticos decoloniales. Para ser realmente antiimperialistas, anticapitalistas y revolucionarios, hay que horadar las bases filosóficas que sustentan estas categorías.

En el congreso, salieron importantes elementos para sentar los cimientos de un nuevo modelo civilizatorio, con otros horizontes de sentido, que no estén en contradicción con la vida; donde la ciencia y la tecnología sean una actividad cotidiana, un ejercicio común, que permita el tránsito a la construcción de comunidades de aprendizaje, constituidas en comunidades de saberes. Para esto se hace necesario debatir y consensuar, con la participación de todos los sectores, la definición de otro concepto de educación, de cultura, de vida, de trabajo, de naturaleza y de razón, donde cada una de nosotras y cada uno de nosotros piense en comunidad, produciendo soluciones para los problemas concretos de la vida. La nueva organicidad humana, la comunidad política y comunicativa pudieran empezar a imitar a la naturaleza, de manera de ponernos en sintonía con el planeta.

Hay que destacar que el V Congreso de Ciencia, Tecnología e Innovación se desarrolló en pleno bloqueo estadounidense, financiero y económico, contra nuestro país, con una guerra económica interna que genera la mayor hiperinflación padecida por la población de la Venezuela contemporánea, así como en condiciones de pandemia originada por la covid-19. Es en este contexto, de amenaza a la salud de las venezolanas y los venezolanos, que se quiso debatir la vida como requisito para pensar cualquier posibilidad de transformación y mejora de la propia vida. Aquí reside la pertinencia de estos interesantísimos debates, llevados a cabo con respeto y rigurosidad política e ideológica, los cuales no dejarán al lector indiferente ante los planteamientos desplegados durante estas intervenciones.

Esperamos que, en los próximos congresos del área, prosiga este gran debate y se le dé continuidad y practicidad a lo que se inició en este, gracias a la visión de Gabriela Jiménez-Ramírez, ministra del Poder Popular para Ciencia y Tecnología. Extendemos un reconocimiento al equipo de trabajo que hizo posible la excelente organización de este evento y permitió debatir estos temas, que, muchas veces, son invisibilizados o *inferiorizados* en las academias y en los círculos científicos tecnológicos nacionales y mundiales.

Referencias

- Castro Gómez, S. (2000). Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la “invención del otro”. En E. Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 11-40). Clacso.
- Castro Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Pontificia Universidad Javeriana.
- González, E. (2021). La lógica de la economía y su influencia en las ciencias. En Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología (Mincyt ed.), *Ciencia, innovación y la Venezuela productiva: hacia una economía propia que respete la vida* (pp. 31-45). Ediciones Mincyt.
- Lander, E. (2000). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En E. Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 11-40). Clacso.
- Ortiz, A. L., Arias, M. I. y Pedrozo, Z. E. (2018). Pedagogía decolonial: hacia la configuración de biopraxis pedagógicas decolonizantes. *Revista Ensayos Pedagógicos*, XIII (2), 201-233.
- Ortiz, M. y Borjas, B. (2008). La investigación acción participativa: aporte de Fals Borda a la educación popular. *Espacio Abierto*, 17 (4), 615-627.

Observación entrañable

El Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología (Mincyt) extiende su sincero agradecimiento a los cientos de ensayistas, panelistas y activistas que compartieron sus conocimientos, sus ideas y sus experiencias en el V Congreso Venezolano de Ciencia, Tecnología e Innovación. Valoramos su disposición a contribuir en la construcción de alternativas que nos enrumben hacia nuevos horizontes, basados en una ética por la vida. En orden alfabético, por nombre, estas son las voces en las que se sustenta la presente sistematización:

ENSAYISTAS

Adianez Fernández Bermúdez. El diseño de políticas de ciencia, tecnología e innovación para el desarrollo de las universidades a partir de una experiencia cubana

Adrián Alberto León Cedeño. Reflexiones en torno al agua en Venezuela: ¿crisis en la gestión del sistema o crisis del modelo de abastecimiento?

Adriana Gamboa. Los contaminantes emergentes, un nuevo reto científico, tecnológico y social

Alejandrina Reyes P. La cultura indo, cumbe/afro, campesina y el vivir viviendo del comandante Chávez, inmanencia cultural del siglo XXI

Alexis Barroso. Energías alternativas de aplicabilidad en la generación de energía eléctrica en Venezuela: caso solar y eólica

Ana Becsaida Moreno Cabeza. Ciencia, tecnología e innovación con pertinencia social

Ana María Hernández V. La covid-19: tratamiento informativo vs. invisibilización

Antonio Mincoli. La aplicación de afiliaciones como metodología para la recuperación de equipos y artefactos eléctricos como ejercicio económico en nuestras comunidades

Carlos J. Contreras C. Tecnología para el desarrollo comunitario

Carlos J. Landazábal R. La agrónoma, un aporte para el desarrollo agropecuario

Carlos Marrero Muñoz. Sistema de registro de investigadores e investigadoras: visibilizando el factor humano de la investigación

Carlos Rivas. La Casa del Costurero: una comunidad de aprendizaje en ciencias comunales

Cupertino Salcedo. Experiencia vivida de papa en Yaracuy: semillas de vida, resistencia e insistencia

Daniel Lew. Dilema: independencia y soberanía, o crecimiento y *desarrollo*

Dányela Vallejo. Cincos retos para la planificación integral del ambiente: consideraciones y reflexiones

Dayana M. Ortiz C. Ciudades para la vida en Venezuela: consideraciones y retos desde *más allá* de la ecología

Eleonora Moreno Férgusson. Modelo informativo (propuesta) para el desarrollo endógeno comunitario desde el poder popular

Elvis José González Gutiérrez. Expandir la percepción estratégica desde una economía política científico-tecnológica para la vida

Emilio Hernández. Investigación para la prosperidad

Engledy Chirinos. La agricultura urbana como modelo sustentable para el logro de la soberanía alimentaria

Enrique Dussel Peters. El enfoque metodológico de las cadenas globales de valor y tres conceptos resultantes del reciente desarrollo de China. Condiciones y retos para políticas públicas

Érika Guerra. Bioinsumos y agricultura sustentable

Fernando Ruetter. La ciencia, su conexión con la tecnología, la industria y la sociedad en Venezuela

Francisco F. Herrera. La agricultura en Venezuela: algunos desafíos para este siglo

Francisco Nava. Límites del planeta, un alerta para generar cambios. Pero ¿cuáles?

Francy Oviedo. Necesidades educativas especiales dentro del ámbito universitario en Venezuela

Gregorio Leopoldo Sánchez Salamé. Políticas de investigación en salud: notas para la reflexión

Inés Elisa Vivas Rincón. Deconstruyendo categorías para una acción transformadora

Iván Toro, Thaís Gómez y Lubisnay Giménez. Aporte e implicaciones de la biotecnología para el desarrollo sostenible del país

Jaime Ernesto Mora M. Involución del *software* libre en la administración pública venezolana

Jason W. Moore. El hombre, la naturaleza y el ambientalismo de los ricos. Antropoceno, Capitaloceno y el proletariado planetario

Javier Bastidas, Antonio Gallo y José Carlos González. Hipermodernismo: una descripción del verdadero proceso social y cultural o del llamado “et manifestum est, tum ego huc”

Jesús A. Delgado M. Una alternativa hermenéutica crítica para trascender la cultura colonial existente en las “organizaciones productivas” venezolanas. Observatorio de Políticas Públicas y Desarrollo Socioproductivo Territorial de la Universidad Politécnica Territorial de Mérida Kléber Ramírez

Joao Stedile. Retos de los pueblos del Sur frente a la crisis estructural del capital

Johana Delgado, Beatriz Soledad y Gloria Aponte. Experiencias en educación con presencialidad remota en el área de ingeniería

Jorge Arreaza M. Venezuela en la lucha por la soberanía científica y productiva. ¡Vacilar es perdernos!

Jorge Hernández Martínez. Claves metodológicas y referentes teóricos para entender a los Estados Unidos

Judith Lisette González Rivero. Comunicación para la salvación del planeta: propuesta pedagógica desde un nuevo orden comunicacional

Judith Valencia. Con los pies en Venezuela. Dando traspies de cómo y qué hacer

Julio Montenegro. La importancia del factor energético en la propuesta para la conformación del Estado comunal

Karina del Carmen Quintero Navas. Pensamiento emergente desde la razón sensible y el poder emancipador de lo nuestroamericano a través del culto a María Lionza, reina indígena caribe

Karina Ochoa Muñoz. Apuntes sobre la ausencia de la noción de “sujeto político femenino” en el pensamiento ilustrado

Katya Colmenares. Hacia una ciencia para la vida

Leticia Mogollón, María A. Lobo, Marcos Romero, Migdalia Garay, Yusbei Uzcátegui, Alfredo Vera, Emiro Nava, Mayogiris Nava, Velia Nieto, Oswaldo Abarca, Teresa Medina y Eduardo Chalbaud. Red de Investigadores de la Universidad Politécnica Territorial de Mérida Kléber Ramírez

Liliane Blaser. Construyendo bases de resistencia y de transformación desde la comunicación

Luis Aparicio, Carlos Rodríguez y Roydy Belizario. Soberanía alimentaria y la agroecología

Luis Soler. Reflexión crítica sobre la cosmovisión fenoménica en el empoderamiento y la participación de las tecnologías en el desarrollo socioeconómico del municipio Libertador del estado Carabobo

Luisa Figueredo. Una tormenta perfecta: ancianos en la pandemia

María E. Peroza, Neptalí Giménez y Gloria Rivas. El cambio climático y sus consecuencias en la seguridad alimentaria

María Egilda Castellano A. La formación en ciencia, tecnología y sociedad: un camino abierto para la democratización y la transformación del conocimiento

Martín Antonio Villarroel Reyes, Dámaso Campos y Adrián Silva. Hacia el desarrollo de nuevas modalidades de producción artesanal sostenibles desde la soberanía comunal. Caso: Unidad de Producción Artesanal Envasados del Caribe

Mary Ramos Rodríguez. Formación, hacia *otra* visión de salud. Desafío para Venezuela

Michael Josué Aular Galindo. El aprendizaje y sus procesos, vistos desde la nueva normalidad mundial

Miguel Alfonzo, Eneida López, Carlos Aponte, Adriana Martínez, Alicia Cáceres, Alicia Carmona, Alba Carosio y Luis Feo. La divulgación científica en Venezuela: una experiencia a contar

Miguel Ángel Pérez Abad. De la artesanía ancestral a la industria nacional 4.0

Milagros Elena Rodríguez. Re-ligaje de las prácticas dominantes de control sobre la naturaleza desde la decolonialidad planetaria

Misael Medina. El salto histórico de Venezuela: potencia científica, tecnológica y de innovación

Naybé M. Moreno S. Desarrollo territorial: inter- y transdisciplinariedad

Noraida Gómez Ojeda. Democracia participativa: ¿extensión de la democracia liberal o modelo alternativo?

Olga Domené-Painenao. Promover sinfonías territoriales; territorializar las agroecologías

Orlando B. Escalona y Gregoria Cabral. Escuela para el Desarrollo Temprano del Talento Científico

Ornella Jesús Martínez Mejías. Los antecedentes del nuevo modelo de desarrollo sostenible vislumbran el imperativo de una visión sistémica y/u holística del crecimiento, la prosperidad y la sostenibilidad

Osmany Rafael Barreto Ledezma y Geisy Nadeska Castillo Colmenárez. La soberanía alimentaria, la cocina tradicional venezolana y la cuestión de la identidad nacional

Pauline Arrindell. La autoformación colectiva, integral, continúa y permanente, como estrategia para construir una sociedad justa y amante de la paz

Pedro Grima-Gallardo. El futuro es solar

Pedro José Osorio Prado. Prácticas de los trabajadores y las trabajadoras para la transformación decolonial del Estado

Petra Alfaro Montaña. Inteligencia artificial, *big data* y política

Raúl Medina. Sistema agroalimentario pospandemia

Rogers Ramírez Boffil. Hacia una soberanía de la conciencia en la nación bolivariana

Rosalba Álvarez García. Proposición de un plano más práctico con políticas públicas que favorezcan los procesos de transición o transformación requeridos

Rosicar del Valle Mata León. La teoría de la dependencia como dispositivo analítico de la economía política de la salud en tiempos de pandemia por la covid-19

Rubén Guzmán. Pensar la ciencia en Venezuela creando cultura desde la comunalización

Sislenis Gómez. Cultura energética para el cuidado de la Tierra

Tibisay Pérez. Contribuciones de la naturaleza a los pueblos: el rol de los suelos en la producción de alimentos

PANELISTAS

Salud-agricultura-alimentación-vida

Arturo Jaime (antropólogo-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas: IVIC)

Éver Gutiérrez (nutricionista-Instituto Nacional de Nutrición: INN)

Esperanza Briceño (farmacéutica-Instituto Nacional de Higiene Rafael Rangel: Inhrr)

Gregorio Sánchez (médico pediatra-Complejo Tecnológico Farmacéutico del Estado Venezolano: Quimbiotec)

Héctor Rangel (virólogo-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas: IVIC)

Jaheli Fuenmayor (bióloga-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas: IVIC)

José Miguel Rondón (médico-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas: IVIC)

Lesbia Muro (farmacéutica-Universidad Central de Venezuela: UCV)

Marilyn Di Luca (nutricionista-Instituto Nacional de Nutrición: INN)

María Fernanda Correa (farmacéutica-Universidad Central de Venezuela: UCV)

Margaret Gutiérrez (ingeniera agrónoma-Semillas Híbridas de Venezuela: Sehiveca)

Miguel Ángel Núñez (biólogo-Corporación para el Desarrollo Científico y Tecnológico: Codecyt)

Miguel Alfonso (biólogo-Universidad Central de Venezuela: UCV)

Milagro Guerra (médica pediatra-Ministerio del Poder Popular para la Salud: MPPS)

Noemí Chacón (ecóloga-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas: IVIC)

Pauline Arrindel (bióloga-Universidad Bolivariana de Trabajadores Jesús Rivero: Ubtjr)

Rosicar Mata (nutricionista-Universidad Bolivariana de Venezuela: UBV)

Wilmer Alcázar (veterinario-Instituto Nacional de Salud Agrícola Integral: Insai)

Yeniana Ordaz (médica-Universidad Central de Venezuela: UCV)

Educación-cultura-vida-trabajo-naturaleza

Álison García (trabajadora social-Universidad Bolivariana de Trabajadores Jesús Rivero: Ubtjr)

Ángela Barrios (docente-Universidad Nacional Experimental de las Artes: Unearte)

Alejandrina Reyes (socióloga-rectora-Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez: Unesr)

Belkis Bigott (maestra-rectora de la Universidad Nacional Experimental del Magisterio Samuel Róbinson: UNEM)

Elvis José González Gutiérrez (economista-Universidad Bolivariana de Venezuela: UBV)

Ernesto Villegas (periodista-ministro del Poder Popular para Cultura: MPPC)

Fidel Barbarito (músico-Universidad Nacional Experimental de las Artes: Unearte)

Freddy Sánchez (docente-Universidad Nacional Experimental de las Artes: Unearte)

Isaliv Matheus (psicóloga-profesora-Universidad Nacional Abierta: UNA)

Lenín Romero (docente-Centro Nacional para el Mejoramiento de la Enseñanza de la Ciencia: Cenamec)

Lucila Tamara Contreras (profesora-Universidad Bolivariana de Venezuela: UBV)

Luis Bonilla (pedagogo-investigador-Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales: Clacso)

María Figueredo (profesora-Universidad Bolivariana de Venezuela: UBV)

Miguel Ángel Cádiz (vicerrector de Investigación, Desarrollo e Innovación-Universidad Nacional Experimental de la Fuerza Armada: Unefa)

Patricia Yánez (profesora-Universidad Central de Venezuela: UCV).

Sandra Oblitas (socióloga-rectora de la Universidad Bolivariana de Venezuela: UBV)

William Castillo (comunicador social-viceministro de Políticas Antibloqueo-Ministerio del Poder Popular para Economía y Finanzas: Mppef)

Wuïkelman Ángel (abogado-viceministro de Comunidades Educativas y Unión con el Pueblo-Ministerio del Poder Popular para la Educación: MPPE)

Yénifer Gil (profesora-viceirectora de Desarrollo Territorial-Universidad Bolivariana de Venezuela: UBV)

Ciudad-servicios públicos-ambiente-energía

Adolfo Godoy (ingeniero-presidente-Agencia Bolivariana para Actividades Espaciales: ABAE)

Adrián León (ingeniero geólogo-Universidad Central de Venezuela: UCV)

Alexandra Mulino (socióloga-Universidad Central de Venezuela: UCV)

Ana Felicien (bióloga-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas: IVIC)

Ana María Hernández (periodista-Universidad Bolivariana de Venezuela: UBV)

Alba Carosio (filósofa-investigadora-Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos: Celarg).

Carlos Aponte (químico-Universidad Simón Bolívar: USB)

Dayana Ortiz (bióloga-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas: IVIC)

Francisco Durán (matemático-viceministro para Investigación y Aplicación de Conocimientos-Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología: Mincyt)

Gerardo Córcega (licenciado en Pedagogía Alternativa)

Greicys Barrios (licenciada en Desarrollo Humano-ministra del Poder Popular de Agricultura Urbana: Minppau)

Hernán Vargas (militante-Movimiento de Pobladoras y Pobladores)

Juan Carlos Rodríguez (arquitecto-Movimiento de Pobladoras y Pobladores)

Misael Medina (ingeniero agrónomo-Agencia Bolivariana para Actividades Espaciales: ABAE)

Nicanor Cifuentes (biólogo-docente-Universidad Bolivariana de Venezuela: UBV)

Ovilia Suárez (psicóloga-Universidad Central de Venezuela: UCV)

Pedro Grima (físico-Centro de Investigaciones de Astronomía Francisco J. Duarte: CIDA)

Rigel Sergent (ingeniero-diputado-Asamblea Nacional)

Roberto Betancourt (licenciado en Ciencias y Artes Navales-presidente de la Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas: Funvisis)

William Gudíño (ingeniero agrónomo-Red Nacional de Comuneros y Comuneras)

Industria-desarrollo-necesidades-ambiente

Carlos Méndez (biólogo-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas: IVIC)

Emilio Hernández (computista-Universidad Simón Bolívar: USB)

Daniel Lew (biólogo-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas: IVIC)

Francisco Durán (matemático-viceministro para Investigación y Aplicación de Conocimientos-Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología: Mincyt)

Francisco Herrera (ecólogo-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas: IVIC)

Gloria Carvalho (ingeniera eléctrica-viceministra para el Desarrollo de Tecnologías de Información: Mincyt)

Grisel Romero (socióloga-presidenta del Observatorio Nacional de Ciencia Tecnología e Innovación: Oncti)

Helis Hernández (ingeniero agrónomo-Centro de Investigaciones del Estado para la Producción Experimental Agroindustrial: Ciepe)

Isabel Piña (antropóloga-presidenta de Industria Canaima)

José Biomorgi (químico-viceministro de Desarrollo Industrial-Ministerio del Poder Popular para Industria y Producción Nacional: Mppipn)

Linda Márquez Carvajal (economista-Universidad Bolivariana de Trabajadores Jesús Rivero: Ubtjr)

Pedro Borges (biólogo-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas: IVIC)

Rafael Romero (ingeniero agrónomo-Productores Integrales del Páramo: Proinpa)

Ricardo Sánchez (internacionalista-diputado-Asamblea Nacional)

Samuel Villanueva (químico-Centro Nacional de Tecnología Química: CNTQ)

Víctor Cano (ingeniero geólogo-exministro de Desarrollo Minero Ecológico)

Yader Salazar (ingeniero agrónomo-viceministro del Desarrollo Productivo Agrourbano: Minppau)

Soberanía y comunalidad

Blanca Rosa Eekhout (licenciada en Artes-diputada-Asamblea Nacional)

Elkin Matheus (comunero-Red Nacional de Comuneros y Comuneras)

Fernando Giuliani (psicólogo social-Universidad Central de Venezuela: UCV)

Reinaldo Iturriza (sociólogo-Universidad Central de Venezuela: UCV)

Sustentabilidad y buen vivir

Eisamar Ochoa (antropóloga-Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas: IVIC)

Gerardo “Lalo” Rivas (campesino-Productores Integrales del Páramo: Proinpa)

Liccia Romero (ecóloga-Universidad de Los Andes: ULA)

Salvador Lugo (sociólogo-viceministro para Comunalización de la Ciencia para la Producción-Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología: Mincyt)

Género

Carolyn Higuera (ingeniera agrónoma-Productores Integrales del Páramo: Proinpa).

Lilia Ramírez Lasso (licenciada en Idiomas Modernos-Instituto de Estudios Avanzados: IDEA)

Marianícer Figueroa (psicóloga-Centro Internacional Otras Voces en Educación: Ciove)

Sahili Franco (investigadora social en producción de contenidos-Observatorio de Mujeres-Ministerio del Poder Popular para la Mujer y la Igualdad de Género: Minmujer)

Esta obra, publicada con el auspicio del Fondo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (Fonacit), de la República Bolivariana de Venezuela, se terminó de imprimir en Caracas, en junio de 2022.

Las ciencias sociales —su configuración y su desarrollo— están fundamentadas en una mirada profundamente colonial, cuya racionalidad rompe la comunidad de vida y despoja a la naturaleza de su subjetividad. Esa es la cosmovisión histórico-cultural del imaginario que impregna el ambiente intelectual en donde se da la constitución de las ciencias y de todos los discursos que la escuela y la universidad tradicionales enseñan.

La ciencia y la tecnología son atributos de la cultura, y no al revés: desde la cultura surgen las necesidades a resolver y los problemas que deben pensarse. De esta premisa parte este texto. Se trata de una búsqueda de sentido que expone los debates registrados en el V Congreso Venezolano de Ciencia, Tecnología e Innovación sobre la necesidad de dar cuenta de la importancia y la potencia que tiene el sistema educativo en la conformación cultural de un pueblo.

Contribuciones en pedagogías de(s)coloniales para la transformación cultural en Venezuela es un libro que abre grietas, desprendimientos, desaprendizajes y reaprendizajes. Una invitación a sembrar conocimientos otros que configuran horizontes para pensar la soberanía desde el común y desde un proceso social de trabajo que permita reencontrarnos en nuestra relación comunitaria, bajo una ética de vida.

